



Inhijambia, mujer luchadora

Sistematización de una experiencia de atención social a niñas,
niños, adolescentes y jóvenes en las calles de Managua.

ERNEST CAÑADA

N

362.2917

C212

Cañada Mullor, Ernest

Inhijambia, mujer luchadora : sistematización de una experiencia de atención social a niñas, niños adolescentes y jóvenes en las calles de Managua / Ernest Cañada Mullor. -- 1a ed. -- Managua : Enlace, 2012

94 p. : il.

ISBN 978-99924-49-49-3

1. DROGAS Y NIÑOS 2. DROGAS Y JOVENES
3.DROGADICCION-PREVENCIÓN 4.TRABAJO SOCIAL
CON NIÑOS 5.TRABAJO SOCIAL CON JOVENES

☺ Asociación Inhijambia / Alba Sud

☺ Ernest Cañada

© Fotografías de Javier Bustos Lozano

Diagramación: Juan Ramón López

Diseño de portada: José Montalbá / estudioja.com

Managua, 2012

Editorial Enlace

Costado Oeste Parque El Carmen

Managua, Nicaragua

Tel. (+505) 2268 1252

Tiraje: 1000 ejemplares

Esta sistematización es una producción de Alba Sud para Asociación Inhijambia realizada con el apoyo de la Asociación Ciudadana Anti-Sida de Cataluña (ACASC) a través de la Agencia Catalana de Cooperación al Desarrollo (ACCD), y con la colaboración de AGIL.



Este libro está bajo una licencia Creative Commons, usted es libre de copiar y difundir el libro sin hacer un uso comercial de la obra original, ni la generación de obras derivadas. Para cualquier otro uso o avisos de su utilización, por favor comuníquese a: inhijambia_nic@hotmail.com o bien info@albasud.org.

Contacto Asociación Inhijambia:

Del puente Larreynaga, 2 cuadras al sur, 1 cuadra arriba y 20 varas al sur

Managua, Nicaragua

Tel. (+ 505) 2249 0509

Página Web: www.inhijambia.org

*Para las Promotoras,
ejemplo de superación
y esperanza de Inhijambia*

ÍNDICE

Presentación, por Mirna Sánchez	9
Fuentes de información	15
1. Infancia en la calle, vidas truncadas	17
1.1. Impacto de las políticas neoliberales	18
1.2. Un ambiente degradado	19
1.3. Nuevo gobierno, cambio de orientaciones	22
2. Inhijambia, mujer luchadora	27
2.1. Orígenes	27
2.2. Una relación especial con la solidaridad internacional	29
2.3. Una decisión difícil	32
2.4. La construcción de una nueva metodología	32
3. Wayna	43
3.1. La vida en el foco	43
3.2. Atención en la calles	45
3.3. Una Casa de Acogida	52

4. Jambalaya	59
4.1. En el Centro de Día	59
4.2. Nuevos hogares	67
4.3. La escuela para padres y madres	71
4.4. Rehabilitación	74
5. Vida independiente	81
5.1. Asegurar el proceso	82
5.2. Promotoras	86
5.3. Lecciones aprendidas y nuevos retos	89
<i>Sobre las fotografías</i>	94



Pelea en un foco del Mercado Oriental.
Fotografía de Javier Bustos Lozano.

Presentación

Por *Mirna Sánchez*
Presidenta y Directora de la Asociación Inhijambia

“La bondad es la cadena de oro que enlaza a la sociedad”
Johann Wolfgang von Goethe

Inhijambia. Esta palabra de origen náhuatl significa “mujer triunfadora”. La Asociación lleva este nombre porque luchamos para que los niños, niñas, adolescentes y jóvenes en riesgo social, salgan de la oscuridad y vuelen hacia un futuro lleno de luz y alcancen sus sueños.

Nicaragua, un país con un pasado tormentoso por cincuenta años de dictadura, sufre las secuelas propias de una guerra civil en lo económico pero sobre todo, en su más frágil población, los niños. Los altos índices de violencia intrafamiliar que provocan desnutrición, analfabetismo, abusos sexuales y drogadicción entre otros males, motivaron que en el año 1999, personas maravillosas que integran PeaceWorks de los Estados Unidos, el Comité de Solidaridad del País Vasco y el apoyo financiero de Bélgica gestionado

por el Compañero Olivier Sebrechts brindaran su generosa ayuda para iniciar este monumental trabajo. Olivier, impulsor de Inhijambia junto con nosotras, es una persona digna de admirar por su sensibilidad y preocupación por trabajar con esta problemática y aunque ya no se encuentra en el país, siempre será un ejemplo a seguir por su gran espíritu altruista y por su amor incondicional por estos niños y niñas, lo cual lo demostró por muchos años trabajando directamente con ellos en las calles del Mercado Oriental de Managua. Aún en la distancia siempre está presente.

Como casi todo en la vida, el inicio fue sumamente difícil: se visitaba el Mercado Oriental y lugares aledaños en busca de niños y niñas en estado de indefensión, resultado de familias disfuncionales, violentadas y/o en extremo riesgo. Como no teníamos edificios apropiados, se les atendía en parques de Managua. Después se rentó una casa y se inició el proceso de rehabilitación, que consiste en un empoderamiento de carácter integral. El proceso, por supuesto, requiere tiempo, amor, paciencia y atención a los referentes familiares.

A través de los años, con el apoyo ineludible de los organismos antes mencionados y apoyándonos en nuevos organismos de Francia, Dinamarca, Holanda, Suiza, Luxemburgo, España, e instituciones públicas y privadas, hemos desarrollado una amplia capacidad de cobertura en todas las áreas del ser humano: alimento, vestido, educación, atención médica y apoyo psicológico, que ha logrado que decenas de jóvenes inicien su educación primaria, secundaria, técnica y universitaria. Otros deciden desarrollar sus habilidades en el área de la música, la danza, las manualidades, la computación y la belleza.

Por su entorno social, es muy frecuente que a pesar de todas las atenciones recibidas, muchachas casi niñas se embarquen,

entonces se les brinda apoyo durante su embarazo y luego del parto. Hacemos todas las gestiones necesarias para que sus hijos ingresen a los Centros de Desarrollo Infantil para que ellas continúen con su proceso de empoderamiento.

Se les atiende también con chequeos médicos continuos, asesoramiento legal y por supuesto, supervisamos continuamente su entorno familiar si lo tienen. Gracias al apoyo económico de los donantes, se han adquirido numerosas propiedades donde se han construido dos hogares grupales y 25 viviendas individuales.

Uno de los propósitos más importantes de INHIJAMBIA, es utilizar la metodología de pares en la fase I y II que consiste en las promotoras enseñen lo aprendido en talleres a otras niñas, niños, adolescentes y jóvenes que inician su aprendizaje. De esta forma retribuyen y se crea en sus corazones el sentido de la solidaridad.

Nosotros, al igual que Miguel de Unamuno, gran poeta español, creemos en lo que él escribió: “Todo acto de bondad, es un acto de poderío”. Nosotros empoderamos muchachos y muchachas para que enlacen con cadena de oro a sus semejantes.

Damos las gracias a Ernest Cañada, por su importante colaboración en hacer realidad la sistematización de Inhijambia y por su apoyo en capacitar y asesorar al personal de la asociación en el fortalecimiento institucional. También damos las gracias a Javier Bustos por las fotografías que ilustran este libro, por la capacitación que brindó a las muchachas para que pudieran tomar sus propias fotografías y por su solidaridad y cariño.



Vistas de la vieja Managua desde un edificio en ruinas habitado por niños y niñas de la calle.
Fotografía de Javier Bustos Lozano.

Fuentes de información

La presente sistematización se ha realizado en base a la consulta de documentos internos de Inhijambia, el acompañamiento en la facilitación de la formulación del Plan Estratégico 2010-2014, y entrevistas a las siguientes personas del equipo técnico de la asociación:

- Noelia Esperanza Ortega, coordinadora 1ª Fase
- Daysi Noelia Barba, psicóloga 1ª Fase
- Román López Altamirano, educador social 1ª Fase
- Ernesto José Guerrero, educador social 1ª Fase
- Gisela García Zepeda, educadora social 1ª Fase
- Nidia Ramírez, psicóloga 2ª Fase
- Yahaira Ramírez, supervisora 2ª Fase
- Jason Montano, responsable taller de danza 2ª Fase
- Danilo Medrano Martínez, responsable del taller de música 2ª Fase
- Silvia Prado, promotora 2ª Fase.
- Yahoska Álvaro, promotora 2ª Fase.
- Lucila Beltrán, promotora 2ª Fase.
- Auxiliadora Figueroa, promotora de 2ª Fase.
- Claudia Salazar, responsable administración
- Ana María Aburto, responsable de proyectos
- Benigno Cepeda, sub-director
- Mirna Sánchez, directora y presidenta

Por razones de confidencialidad el nombre de las promotoras ha sido cambiado. El que aparece en esta lista fue elegido por cada una de ellas en el momento que hicimos las entrevistas.

1. Infancia en la calle, vidas truncadas

La Asociación Inhijambia es un proyecto educativo y de atención social dirigido a niños, niñas, adolescentes y jóvenes en riesgo, especialmente con problemas de toxicomanía, abuso y explotación sexual que tiene su base de trabajo en Managua. Actualmente, según cálculos del Gobierno, existen unos veinticinco mil niños, niñas y adolescentes viviendo en las calles de Nicaragua. En su mayoría proceden de familias en situación de extrema pobreza que viven en barrios marginales, en los mercados o edificios en ruinas, destruidos durante el terremoto que devastó Managua en 1972. Proviene de hogares desintegrados en los que la violencia, el maltrato y el abuso sexual estaba muy presente. A consecuencia de este entorno hostil, en algunos casos huyen de sus casas y se van a vivir a las calles, donde se juntan con otros muchachos y muchachas en su misma situación. Regularmente venden en los semáforos objetos diversos de escaso valor o limpian los cristales de los automóviles. La prostitución también es frecuente. En las calles se reproducen los mismos patrones machistas y de violencia, e incluso de explotación sexual, por parte de sus mismos compañeros. Pronto se inician y habitúan al consumo de drogas, en especial inhalan pegamento, mucho más barato que otras sustancias, pero también alcohol, piedra o *crack*.

1.1. Impacto de las políticas neoliberales

En Nicaragua, esta situación de desintegración social que ha condenado a gran cantidad de niñas, niños y adolescentes a trabajar y sobrevivir en las calles se inicia fundamentalmente a principios de los años noventa cuando, tras el fin de la Revolución Sandinista (1979–1990), cambiaron las prioridades de las políticas públicas. Mirna Sánchez, presidenta y directora de Inhijambia, recuerda que en aquellos años, tras la oleada de privatizaciones, despidos de trabajadores del sector público y reducción de los efectivos del ejército y la policía “muchas personas quedaron en el desempleo”. En el mismo sentido apunta Benigno Cepeda, vice-presidente de la asociación, al asegurar que “al terminar el gobierno sandinista muchos jóvenes fueron tirados sin empleo a las calles”.

Al mismo tiempo, el gobierno redujo sus políticas de protección social. Desaparecieron o tuvieron muchísimas dificultades para continuar todo tipo de iniciativas sociales, como asilos para ancianos o centros de atención a la infancia. Para Mirna “los tres gobiernos neoliberales que pasaron no han invertido en apoyo a la niñez a través de proyectos sociales, ni en las familias más pobres. Al contrario, las brechas entre ricos y pobres cada vez se han hecho más grandes, los pobres se convierten en miserables y los ricos son cada día más ricos”.

En este mismo período se produjeron también importantes movimientos de población dentro y fuera de Nicaragua y mucha gente se trasladó del campo a la ciudad en búsqueda de nuevas oportunidades. Asimismo los desastres naturales contribuyeron a incrementar este flujo de migrantes rurales. Pero ciudades como Managua no estaban preparadas para acoger esa gran cantidad de recién llegados, y muchas familias, según explica Daysi Noelia Barba, psicóloga de la

asociación, “vienen a la capital creyendo que acá tendrán una mejor vida y obtendrán más ingresos, sin embargo la realidad es otra y acaban en asentamientos en condiciones extremadamente precarias”.

Más recientemente, la agudización de la caída de los precios agrícolas a mediados de los años dos mil provocó la emergencia de un nuevo perfil de niñez de la calle. En algunos casos este deterioro en las condiciones de vida en el campo alentó a que algunos muchachos alternaran temporadas de cosecha agrícola en Nicaragua o Costa Rica con la vida en las calles de Managua. Cuenta Daysi Noelia que “algunos de los niños y niñas que atendemos provienen del Norte del país. Se dedican al corte de café con sus familias, y cuando es temporada regresan a sus casas, pero luego vuelven a Managua”. Esto ha estimulado cierto efecto de llamada, como sigue describiendo Daysi Noelia: “Al regresar a su lugar de origen traen consigo a otros niños, pensando que en la capital tienen mayores posibilidades de subsistir. En una ocasión había 3 ó 4 niños provenientes de Matagalpa y a las semanas eran ya 18 de ese mismo lugar. Trabajaban como lustradores de zapatos o vendían caramelos y otras actividades similares en los semáforos, consumían pega, y una vez que tenían cierta cantidad de dinero se iban nuevamente para sus casas en Matagalpa”.

1.2. Un ambiente degradado

Los efectos del empobrecimiento, la forma en la que se produjo el fin de la Revolución, el desempleo masivo, la falta de infraestructuras y la reducción de las políticas de protección se tradujeron en un incremento de la desintegración social. A todo esto habría que añadir un sustrato cultural en el que la violencia, el machismo y el *adulthood* estaban fuertemente arraigados. Ana María Aburto, responsable de los proyectos

de Inhijambia, describe así estas condiciones: “son niños que están en situaciones deplorables y con frecuencia ven que sus padres, en estado alcoholizado, golpean o abusan físicamente de sus madres. O bien les exigen a ellos que vayan a pedir dinero a la calle para que puedan tomar licor”.

Por otra parte, en un contexto de enorme déficit habitacional, que el Gobierno de Nicaragua cifra actualmente en casi un millón de viviendas, muchas familias viven en condiciones extremadamente precarias e informales. En las casas de la gente más pobre se sufre hacinamiento y difícilmente pueden separar espacios y garantizar la privacidad e intimidad para sus distintos miembros. Esto ha facilitado que muchos hogares se hayan convertido en un lugar de riesgo para los menores. Según Mirna, “la mayoría son muy pequeños: en un mismo lugar está ubicada la cama, la cocina, la sala,... Todos duermen juntos. Recuerdo que una niña a la que la violó su hermano me dijo: «ahí dormimos como raja de leña, uno a la par del otro»”.

Diversos factores han contribuido a que la familia en Nicaragua sea muy extensa, y en especial en los hogares pobres. En los hogares puede que el padre o la madre falten a causa de la ruptura de la pareja, la emigración temporal o casi permanente de alguno de ellos, o los dos, pero en la vida de los niños y niñas están presentes muchos otros adultos (abuelos, tíos, hermanos mayores, vecinos realquilados...). Esto puede tener un efecto positivo por cuanto la red de protección, cariño o de estímulos se vuelve más amplia y variada, pero también puede convertirse en un entorno adverso. En medio de la pobreza y la precariedad los niños y niñas pueden crecer en un ambiente de violencia y peleas entre adultos y ser quienes acaban de pagar el estado de frustración y tensión de sus mayores. También se convierte en un ambiente propicio para los abusos.

De hecho, la mayoría de niños y niñas que son atendidos en Inhijambia han sufrido algún tipo de abuso sexual. Ana María afirma que cuando llegan a la asociación “resulta evidente observar que muchos han sido abusados”. El resultado es el que el abuso sexual se convierte en una experiencia habitual para muchos de los muchachos y muchachas que viven o han vivido en la calle. Y esto, como explica Mirna, tiene efectos traumáticos: “El abuso daña mucho la personalidad, aunque se trabaje con ellos, quedan bloqueadas ciertas partes de su personalidad”. Uno de los grandes problemas del abuso sexual es que se vale de las relaciones de confianza y/o proximidad entre un menor y un adulto, y cuando esta confianza se quiebra afecta a la seguridad y el normal desarrollo del niño o la niña. Además acaba deteriorando también las relaciones familiares.

En un ambiente de estas características, las adicciones a las drogas han ido adquiriendo un mayor protagonismo. Para Benigno Cepeda, el desempleo y muchas otras circunstancias hizo que muchos hombres “perdieran la razón y comenzaran a ingerir licor y droga, y a mandar a sus hijos a los semáforos a pedir o a vender cualquier cosa. Y el niño tenía que llevar una cuota, porque si no lo hacía lo «reventaban», y esto hacía que muchos de esos niños huyeran de sus casas, porque muchas veces no podían recoger los 50 ó 60 córdobas que les pedían sus padres”. Esta dinámica de degradación a la que se ven inducidos muchos menores es descrita por Mirna Sánchez como un círculo de violencia: “En ocasiones los niños no consiguen todo el dinero que les piden sus padres, se lo gastan comprando alguna bebida o algo de comer, o jugando en los videojuegos y las máquinas tragamonedas que hay en los mercados. Luego les da miedo regresar a sus casas, porque les pueden pegar o castigar por no llevar suficiente dinero. Entonces, poco a poco se van quedando en las calles, pensando que van a encontrar otra vida, otros amigos, libertad y la familia que no tienen, ya que en sus

hogares el papá le pega a la mamá porque la está esperando que lleve algo para comer y tal vez no lo consiguió, la mamá espera al niño para que le dé el dinero que recogió y si no es suficiente le pega, y el niño le da una patada al perro. Este círculo se repite diariamente, por lo que el niño decide quedarse en la calle”. Por otra parte, el *adulthood* dominante ha impregnado en muchas familias la idea que el castigo físico es la forma tradicional de educar a los hijos, lo que da pie a cierta normalización de las situaciones de violencia.

Rodeados entonces por un entorno de violencia y adicciones, “deciden escaparse de sus casas para no seguir viviendo la misma situación” explica Daisy Noelia, con el fin de encontrar refugio y no sufrir más la violencia o abusos por parte de sus padres o algún familiar. Pero lo que acaban encontrando es “soledad, miedo, hambre, frío, más violencia y abusos de toda clase”.

1.3. Nuevo gobierno, cambio de orientaciones

En mayor o menor medida, el cambio de gobierno que se produjo en Nicaragua con las elecciones de 2007, y que permitió el retorno al poder del Frente Sandinista, ha supuesto una reorientación de las políticas hacia los sectores más empobrecidos. Así lo percibe la directora de Inhijambia, Mirna Sánchez: “Siento que con el gobierno sandinista nuevamente se está trabajando en la parte social, en los más pobres. Sé que han cometido sus errores, sin embargo creo que hemos vuelto a recuperar la preocupación por la protección social que teníamos antes. Están trabajando y apoyando a las familias más pobres. Yo siento que el gobierno actual está velando porque volvamos a ganar lo que hemos perdido en estos tres gobiernos neoliberales”. En el mismo sentido se expresa Benigno, que reconoce el impacto positivo de

los programas sociales impulsados por el gobierno, o cierta mejoría en el empleo: “no se puede decir que se ha reducido drásticamente la pobreza, pero sí que han habido cambios sustanciales para la población más necesitada”.

Este cambio de orientación de políticas tiene también su reflejo en la infancia. Desde los años ochenta en Nicaragua se ha ido construyendo un marco legal para la atención y protección a la infancia. En 1990 el país ratificó la Convención de los Derechos del Niño, un tratado internacional de Naciones Unidas adoptado en noviembre de 1989, y en 1998 fue aprobado el Código de la Niñez y la Adolescencia, inspirado en una doctrina de protección integral y de derechos de la infancia. Posteriormente, ya con el nuevo gobierno se aprobó la Ley de responsabilidad paterna y materna (2007) y en septiembre de 2008 se presentó el Programa Amor, una de las iniciativas gubernamentales que más cercanía tiene con el trabajo de Inhijambia.

Bajo la coordinación de la Secretaría del Consejo de Comunicación y Ciudadanía para el Desarrollo Social del Gobierno de Nicaragua, el Programa involucra y hace partícipes de forma interrelacionada a distintas instituciones: los ministerios de Familia, Salud, Educación, Trabajo y Gobernación, los institutos de Seguridad Social, de la Mujer, Cultura y de Deportes, y la Procuraduría de Derechos Humanos. El Programa está enfocado en la restitución de diversos derechos de los niños y niñas, tales como “vivir en condiciones normales, en familia y sin correr riesgos en las calles”, “crecer con el amor y el cuidado de una familia”, “ser inscritos en el Registro Civil de las personas”, “crecer y desarrollarse sin tener que trabajar”, “crear y habilitar Centros de Desarrollo Infantil para el cuidado profesional de las hijas e hijos de las madres que trabajan”, y en algunos casos se toman en cuenta circunstancias particulares, de lo

cual se deriva la necesidad de “asegurar los derechos de los hijos e hijas de nicaragüenses que han tenido que migrar o están privados de libertad”, o recibir atención especializada para aquellos “que tienen discapacidades”.

Mirna Sánchez valora positivamente esta propuesta, “lo que se busca es que no haya ningún niño en la calle”. Y a pesar de estar de acuerdo en el principio que inspira el Programa de que “cada niño debe vivir con su familia”, considera que es necesario valorar las distintas situaciones de un modo particular, entendiendo que no se puede generalizar siempre: “existen circunstancias en las que el niño o la niña ha pasado mucho tiempo fuera de su hogar, viviendo en la calle, y hoy, porque a su mamá le regalaron una vivienda no es suficiente razón para que vaya a regresar con ella. Si la mamá es alcohólica, ha perdido todos sus valores morales, es violenta o vive con el abusador... Y lo cierto es que aun hay un desempleo increíble. Yo pienso que se tiene que ir haciendo un trabajo paralelo con la familia y el niño o la niña, tratando de interiorizar valores morales poco a poco. El daño emocional que ha sufrido el país es tan intenso que de un día para otro no se pueden arreglar todos los problemas”. Y Benigno complementa: “Es bueno que las niñas estén en una casa, pero en un hogar donde realmente les den valores. Inhijambia no quiere institucionalizar a las niñas, sino que en algunos casos muy extremos vemos la necesidad de separarlas, buscando las estrategias o alternativas que permitan romper ese vínculo que perjudica. No obstante sabemos que nuestro objetivo es reinsertarlas nuevamente a sus familias”.

En definitiva, Mirna considera que “las ideas que tiene el gobierno son muy buenas, pero se tiene que trabajar lento. Se puede reconstruir una casa, pero también se debe de atender el alma, el espíritu y las emociones, y eso no es tan sencillo”.



Promotora atendiendo en un foco del Mercado Oriental, Managua.
Fotografía de Javier Bustos Lozano.

2. Inhijambia, mujer luchadora

2.1. Orígenes

Inhijambia empezó a funcionar en 1999 y en 2001 obtuvo su personería jurídica. Pero en realidad el equipo que participó en su fundación llevaba muchos años apoyando a los niños y niñas de la calle. La asociación, de hecho, tuvo su origen en la separación de una parte de otra institución que trabajaba con ese mismo sector de población. Mirna Sánchez recuerda con tristeza aquellos días, porque la junta directiva de aquel organismo en un determinado momento decidió cambiar de enfoque y dejar de atender a inhalantes, “porque lo consideraban una pérdida de tiempo, un trabajo muy difícil y cansado”, y reorientaron su misión hacia la prevención y la capacitación. Pero este giro de rumbo topó con el desacuerdo de una parte de sus miembros: “Hubo un momento en que el personal de ese organismo estaba dividido, unos queríamos seguir con los inhalantes pero otros no. Pasamos un año, hasta que perdimos por un voto en la junta directiva, entonces nosotros quedamos en el desempleo”.

Esta decisión tuvo consecuencias graves, recalca Mirna: “Las niñas que ya estaban institucionalizadas fueron regresadas a sus casas. Pero acabaron en los focos otra vez, porque en sus hogares había promiscuidad, una pobreza extrema, si acaso tenían letrinas, otras ni eso tenían. La madre era violenta o el padre un abusador. Se les había educado y habían

aprendido manualidades, pero no dio resultado porque no se había preparado a las familias. Entonces regresaron a los focos, comenzaron a ganarse la vida como ya sabían, que era vendiendo su cuerpo”. Esta experiencia fue muy importante para el desarrollo posterior de Inhijambia, porque como pone en evidencia Mirna, “nos dimos cuenta que también debíamos ocuparnos de las familias”.

Oliver Sebrechts, originario de Bélgica y fundador de aquel organismo y posteriormente impulsor de Inhijambia, intentó negociar un reparto de los bienes existentes, para que quienes como él querían continuar con los niños y niñas de la calle pudieran hacerlo con unas mínimas condiciones. Pero estas gestiones no progresaron y tuvieron que volver a empezar sin nada.

De este modo, unas pocas personas decidieron, aun sin medios, continuar con la labor de atención a los niños y niñas de la calle. Mirna recuerda que fue un momento muy duro: “Oliver tuvo que regresar a su país, pero me dijo: «hagamos algo, no las dejemos en la calle, voy a ver qué consigo». La despedida fue horrible, demasiado dura e injusta. Y yo me quedé aquí, con cuatro personas más, que trabajábamos sin salario: Ana María Aburto, Benigno Cepeda, Román Antonio López y Claudia Salazar”. Y fue entonces que empezó a funcionar Inhijambia, en las calles. “Brindábamos atención a las jóvenes en el Parque Luis Alfonso”, explica Claudia, quien desde entonces ha sido la administradora de la asociación. Y continúa Mirna: “ahí las atendíamos, las reuníamos, les dábamos un refresco,...”.

Nació así Inhijambia, en las calles de Managua. Tomó como nombre una palabra náhuatl que significa mujer heroica y triunfadora, una inspiración para imaginar una mujer que

defiende y lucha por sus derechos y sus sueños, que no se da por vencida y busca cómo alcanzar la luna, tal como le gusta imaginar a Mirna. En la decisión de crear esa nueva institución había una convicción profunda: la afirmación del derecho a una vida digna para todos los niños y niñas de la calle. Así lo entiende Ana María Aburto, responsable de los proyectos: “A muchos organismos no les gusta trabajar cuando los niños ya han roto el vínculo familiar, porque es más difícil, y la verdad es que sí. Pero se puede, es una población que hay que atender y no dejarla a un lado. Son niños y niñas que tienen todo el derecho de tener una vida saludable, a integrarse, prepararse, ser rescatados, que sus derechos sea restituidos,... entonces eso es lo que hace nuestra organización”.

2.2. Una relación especial con la solidaridad internacional

Una de las primeras preocupaciones de la nueva asociación fue cómo conseguir ingresos económicos suficientes para poder funcionar con una cierta estabilidad. Al poco tiempo de empezar, algunos amigos de los Estados Unidos a los que Mirna había conocido cuando estaba empleada en la alcaldía de San Marcos durante los años ochenta les enviaron algo de dinero. Oliver Sebrechts, desde Bélgica, también logró recabar fondos con los organismos Talitha Koum y Vida de Infantes. Con esos primeros recursos procedentes de la solidaridad alquilaron una casa en el barrio de Bello Horizonte y empezaron a brindar el desayuno y almuerzo a las muchachas. También tuvieron el apoyo de un comité de solidaridad del País Vasco, sobre todo a través de Óscar Díaz, un joven que colaboró desde el inicio de la asociación como voluntario.

Poco tiempo después Mirna se fue de gira a los Estados Unidos para intentar obtener nuevos apoyos: “anduve en escuelas, universidades, iglesias,... trabajé duro difundiendo la labor de Inhijambia, pero finalmente pudimos recoger el dinero suficiente para comprar la primera casa”. Luego Médicos sin Fronteras hizo un concurso entre varios organismos y, después de varias entrevistas, lograron que les donaran una camioneta blanca, que fue de gran ayuda para las actividades de la asociación.

Así fue como empezó a actuar Inhijambia, con ayudas solidarias recogidas en diversos lados. Este vínculo directo con colectivos y personas solidarias de muchas partes del mundo fue la base para que la asociación pudiera llevar a cabo su labor durante mucho tiempo, y de hecho nunca se ha perdido. Años más tarde empezaron a gestionar proyectos de cooperación con presupuestos de mayores dimensiones, pero el nexo personal con pequeñas asociaciones, grupos de iglesia o personas sensibles que de forma particular les hacían llegar sus donaciones nunca se ha perdido. Cada año, como un gesto de agradecimiento especial, el equipo de Inhijambia manda decenas de cartas con trabajos artesanales hechos por las niñas y muchachas e informando de cómo van las cosas en la asociación a una gran cantidad de lugares de Nicaragua, Norteamérica y Europa. Aun hoy estos fondos de donaciones particulares suponen una aportación fundamental al presupuesto anual de la asociación.

La clave para el mantenimiento financiero de Inhijambia, a pesar de todas las dificultades sufridas, ha estado en esta especial capacidad de tejer complicidades y despertar la solidaridad de un amplio entramado de instituciones,

colectivos sociales y personas particulares. De este modo, a lo largo de los años Inhijambia ha recibido el apoyo, en distintos momentos, de todo tipo de organismos: PeaceWorks y la Iglesia de Cristo de los Estados Unidos; Talita Koum, Vida de Infante, Comité Nica-MOL de Bélgica; Solidaridad Internacional Infantil, FALK-RL, KAD y 3F de Dinamarca; el Socorro Popular de Francia; el Comité Solidaridad del País Vasco, AGIL, Sodepau, ACASC, MPDL, la Agencia Catalana de Cooperación al Desarrollo y los ayuntamientos de Madrid y Rivas Vaciamadrid de España; Tierra de Hombres de Luxemburgo, Ministerio de Cooperación y Acción Humanitaria de Luxemburgo; Fundación Amigos de Nicaragua, Fundación Monimbó, Kinderpostzegels de Holanda; y el Comité de Apoyo y la Fundación Yann Verdina de Suiza. En el transcurso de los años la asociación se ha fortalecido en su estructura administrativo y financiera para poder gestionar correctamente los distintos fondos disponibles. Los resultados de esta gestión han sido positivos tal como han venido registrándose en las distintas auditorías institucionales que realizan cada año.

Lograr la continuidad en un financiamiento que permitiera garantizar la atención social siempre ha sido una de las mayores inquietudes del equipo directivo de Inhijambia. Y en los tiempos actuales de crisis y reducciones de los fondos de la cooperación internacional aun más, porque a día de hoy, según afirma Benigno “la autosostenibilidad no es posible, sería decir mentiras que sí lo es”. Y es que esfuerzos en este sentido se han hecho, y muchos, pero asegurar la atención social a los sectores más desfavorecidos sigue siendo un reto mayor.

2.3. Una decisión difícil

En sus inicios, al empezar a trabajar con tan pocos recursos, Inhijambia tuvo que tomar el acuerdo de atender solamente a mujeres (niñas, adolescentes y jóvenes). La decisión fue complicada, y Mirna revela que era muy duro escuchar a los niños preguntar: “¿y para nosotros cuándo va a haber una casa?” En aquel momento tomaron esa medida, continúa Mirna, porque “las muchachas son más rechazadas por nuestra cultura tan machista, son más abusadas y maltratadas, necesitan más ropa para cubrir su cuerpo, les viene la menstruación, se embarazan,... y además al ayudar a una muchacha también salvamos a sus hijos”. Al evocar el momento que tomaron aquella decisión, Mirna recuerda las palabras de un muchacho que de niño había vivido en la calle y “al que la gente llamaba «cantimplora», porque todos abusaban sexualmente de él”. Pues bien, ese niño se hizo grande, dejó la droga y la vida en la calle, y un día ya rehabilitado “me dijo que iba a buscar una muchacha formal con quién vivir, no con una «fulana» que se ha involucrado con tal y tal. Es triste, pero esa es una de las razones por la cuales empezamos a trabajar más con mujeres”.

De este modo, Inhijambia se ha especializado en el trabajo de atención y acompañamiento a mujeres. Años más tarde pudo empezar a ocuparse también de los varones, aunque no se ha hecho de una forma tan completa e integral como se hace con ellas, pero sí se han invertido esfuerzos, concentrados fundamentalmente en los niños, adolescentes y jóvenes que siguen viviendo en las calles con adicción a las drogas.

2.4. La construcción de una nueva metodología

A medida que iba ido transcurriendo el tiempo e Inhijambia se iba consolidando, su equipo fue construyendo una

metodología y forma de trabajar propias, un modelo de intervención particular, adaptado a su entorno y posibilidades. En este sentido destacan aspectos como:

- 1) La **afirmación y promoción convencida de ciertos valores morales** que impregnan de sentido al conjunto del proyecto educativo. Muchas veces, tanto entre los profesionales del equipo técnico de Inhijambia como cooperantes de distintas organizaciones, se coincide en que la base del trabajo de la asociación se fundamenta en el **amor**, en la capacidad de ofrecer un entorno de cariño y ternura. Más allá de otras estrategias educativas, en un escenario tan hostil y agresivo como es la vida en la calle o muchos de los hogares de los que proceden estos niños y niñas, establecer una relación de proximidad y afecto permite asentar las bases para que puedan producirse otros cambios.

“Son niñas que han sufrido mucha violencia, por lo general se encuentran lastimadas físicamente, sufren de una mala alimentación, carecen de afecto, necesitan mucho amor”, explica Nidia Ramírez, psicóloga de la Segunda Fase. Y continúa: “tratamos de darles amor, ya que en mi experiencia he podido sentir que ellas buscan llenar ese vacío, el amor que les falta porque no tienen a sus padres”. Benigno cree que lo que están haciendo en realidad es brindarles el hogar que no han tenido: “las muchachas consideran que están en familia, la mayoría nos ven como padres, a Mirna le dicen «mamita» y mi me dicen «papito», aunque cuando ya van creciendo les da pena”. A lo que Nidia añade: “ellas quieren ser «apapachaditas», como decimos los nicaragüenses; vamos y les preguntamos: contame ¿y qué soñaste? ¿qué paso en la noche?”

De forma íntimamente relacionada a este papel tan relevante del **amor**, Inhijambia incorpora también otros valores y estrategias educativas basadas en la **fraternidad** y la **solidaridad**; la **autoestima** y un **empoderamiento** que ayuda a que las muchachas y muchachos puedan enfrentar con seguridad una vida futura digna; la afirmación de sus **derechos humanos** fundamentales (alimentación, salud médica y psicológica, educación formal y técnica, vivienda, protección especial, recreación); la **sensibilidad, perseverancia y paciencia** para comprender e identificarse con las problemáticas sufridas y su dolor; **esperanza**, que se traduce en la transmisión de optimismo y en la confianza en sus capacidades para salir adelante; reconocimiento de la **diversidad e individualidad** de todas las personas atendidas desde una perspectiva de igualdad de derechos. Finalmente, también ocupa un lugar destacado el fomento de la **espiritualidad**, en un clima ecuménico y de respeto por las distintas creencias religiosas. Al respecto, explica Claudia Salazar, “hemos tratado de no inmiscuirnos en aspectos religiosos con los usuarios, sí en el plano espiritual, pero no religiosamente; ya que esto puede causar divisiones. INIJAMBIA busca unir no desunir, a través del amor, la comprensión y la solidaridad. Considero que son valores esenciales que no se deben perder”.

- 2) La **continuidad en el acompañamiento** desde que las niñas se encuentran en las calles hasta que pueden alcanzar una vida adulta efectivamente independiente. Para ello han desarrollado una estrategia de intervención basada en tres fases. Cada una de ellas se centra en un momento específico del proceso de rehabilitación y reinserción social de las muchachas y tiene lugar en distintos espacios.

En la Primera Fase, denominada *Wayna*, se atiende a niños, niñas, adolescentes y jóvenes que siguen viviendo en las calles y que son adictos al alcohol, el *crack* y/o el pegamento para reparar zapatos, u otras sustancias tóxicas. Se intenta que mejoren sus condiciones de existencia y ayudar a quienes desean cambiar de vida. Para ello han puesto en marcha una Casa de Acogida.

La Segunda Fase, que se conoce como *Jambalaya*, está dirigida solamente a niñas y muchachas. Para los varones se han establecido acuerdos con otras instituciones para que una vez están rehabilitados de la adicción a la droga tengan otros espacios de atención que permita dar continuidad su proceso de reinserción social. A ellas se las atiende en un Centro de Día y en algunos casos de situación de extremo riesgo se dispone de una Casa Hogar. En esta etapa se procura fortalecer el empoderamiento personal y reforzar su autoestima.

Cuando las muchachas han crecido y están ya preparadas para integrarse en la sociedad como personas independientes y activas pasan a una Tercera Fase. Inhijambia las acompaña en este proceso de consolidación de su autonomía, tanto a ellas como a sus parejas cuando las tienen, ayudándolas en diversos aspectos de su vida cotidiana.

En los capítulos siguientes se aborda con mayor detalle las características de cada una de estas fases.

- 3) Creación de **espacios de acogida y residencia** adaptados a las distintas necesidades de algunas de las niñas y jóvenes atendidas, sin aislarlas por ello del entorno urbano. En determinados casos, debido a las

circunstancias particulares de algunas de ellas, se ha visto la necesidad de poner a su disposición lugares apropiados donde poder rehacer sus vidas. Mirna explica cómo llegaron a identificar esta necesidad: “Nos dimos cuenta que había chavalas que era fácil sacarlas de las calles y que ya no querían vivir su vida así, pero tampoco querían volver a sus casas. Entonces se nos ocurrió comprar en Milagro de Dios [barrio de Managua] dos solares grandes y construimos el primer Hogar Grupal. Las muchachas que están en rehabilitación ya no deben estar durmiendo más en las calles, donde pueden ser abusadas o maltratadas nuevamente”. Actualmente la asociación dispone de dos hogares grupales, que pudieron construirse finalmente gracias al apoyo solidario de la Fundación Yann Verdina, un organismo suizo. Cada uno ellos dispone de 8 cuartos.

- 4) Una intervención centrada no únicamente en el menor, sino también en su **contexto familiar o de referencia**. La mayoría de niñas y adolescentes que ya están en la Segunda Fase viven en las casas de sus papás o algún otro familiar. Y en los casos de algunas niñas que viven en la misma institución, en ocasiones visitan o van a pasar el fin de semana con sus familias. Inhijambia ha creído que no tenía sentido tratar de aislarlas e institucionalizarlas, porque esto no se hubiera podido sostener y hubiera acabado por ser contraproducente. Es por eso que se hace un esfuerzo por incidir también en las familias y referentes adultos: “tratamos de cambiar esas conductas de los padres a través de charlas, visitas y reuniones de orientación y reflexión”, explica Mirna. De este modo, han llegado a crear una Escuela de Padres, por medio de la cual tratan de promover un entorno más saludable para las muchachas.

Pero la preocupación va más allá y tratan de que las jóvenes atendidas en Inhijambia no reproduzcan los mismos modelos de violencia y falta de atención con sus hijas e hijos. Tomando en cuenta que una parte significativa de ellas son madres ya en la adolescencia, intentan apoyarlas para que el hogar en el que van a vivir esas criaturas sea más adecuado que el que ellas recibieron.

- 5) Un trabajo de **coordinación con otras organizaciones sociales e instituciones para incidir en el entorno social en el que viven** las niñas, niños, adolescentes y jóvenes en situación de exclusión, sobre todo en los mercados, donde generalmente se concentran. Desde el año 2001, Inhijambia se ha integrado en instancias como la Coordinadora para la Defensa de la Niñez (CODENI), la Red de Educadores o la Red Social del Mercado Oriental. Ésta última interviene directamente en los espacios donde mayoritariamente viven los muchachos y muchachas que atiende Inhijambia. En ella está presente la Policía Nacional, el Ministerio de Salud, la Alcaldía Municipal, la asociación de zapateros y otras organizaciones civiles. Según cuenta Benigno, sirve esencialmente para coordinarse con otros actores presentes en ese espacio y tratar de mejorar la situación de los muchachos, con iniciativas como intentar regular la venta del pegamento que hacen los zapateros, por ejemplo, o que las vendedoras apoyen a los muchachos con algún lugar donde bañarse. Igualmente se coordinan con organizaciones afines como TESIS, Los Pipitos, Casa Alianza, Sí a la Vida, Aldeas SOS, IMPRU o Pajarito Azul con el fin de coordinarse y apoyarse mutuamente en las tareas de atención.

También han establecido diversas formas de cooperación con instituciones dependientes del gobierno. Benigno explica que el Ministerio de Salud (MINSA), por ejemplo, “nos brinda consejería acerca del VIH/SIDA antes y después de hacerles las pruebas y exámenes especializados”. También han conseguido acuerdos con el Centro de Salud Francisco Buitrago, ubicado en el barrio San Luis, para que atiendan a los niños y niñas de la calle, y no sean rechazados. En el ámbito de la educación, han insertado a los muchachos y muchachas, incluso a muchos de los que están viviendo en la calle, en la red de colegios públicos. Continúa Benigno: “a pesar de que conocen su problemática los aceptan. Incluso los muchachos que son inhalantes de pega del mercado estudian en el Instituto Rubén Darío. Este centro se ha vinculado e identificado con ellos, les han dado una oportunidad y no los discriminan”. Con la Policía Nacional el equipo de Inhijambia también han incidido para que “intervengan cuando los muchachos son maltratados por algún policía”.

- 6) Y finalmente, la implicación de las propias muchachas que anteriormente fueron usuarias de la asociación para que, una vez ya adultas, se integren en su equipo técnico como promotoras. Al respecto, Mirna revela que “algunas de las muchachas con quienes trabajamos desde un inicio, hoy se han convertido en promotoras, las que poseían las características y cualidades”. Para ello desarrollaron una metodología de “pares”, que consiste en una forma de atención directa entre jóvenes. Según Mirna, esto ha tenido una acogida especialmente positiva entre las niñas y niños de la asociación, “por el valor que le dan a las palabras de una promotora, que ha vivido lo mismo que ellos, mucho más que lo que pueda decir una educadora o psicóloga, ya que las promotoras predicán con el ejemplo”.

Danilo Medrano, profesor del taller de música que reciben las muchachas de la Segunda Fase, valora en el mismo sentido que Mirna el papel destacado que juegan las promotoras: “Muchas de las niñas y niños que andan en la calle con el vaso de pega, tienen la autoestima por debajo, en el suelo, consideran que ahí van a morir, y que no tienen ninguna perspectiva. Cuando nos acercamos y les decimos que pueden llegar a ser profesionales o tener un trabajo digno, no nos creen, piensan que es mentira o algo utópico. Sin embargo cuando se les acerca a ellos alguien que estuvo en esa misma situación tiene más impacto. Por mucho que los educadores andemos en las calles, observemos las situaciones, conozcamos a estas muchachas, al final regresamos a nuestras casas. No es lo mismo que haber vivido esas circunstancias, haber enfrentado todo lo que ese mundo puede conllevar. Es lo que permite a las promotoras analizar qué respuestas se les puede dar, y en muchas ocasiones a nosotros nos toca aprender”.

Este modelo de intervención, basado en unos valores fuertes y en el establecimiento de relaciones de respeto, confianza y amor, se fundamenta a su vez en un equipo técnico especialmente comprometido. Sin este compromiso difícilmente Inhijambia hubiese podido llegar a ser lo que es hoy en día. Román López Altamirano, uno de los educadores que está en la asociación desde el momento de su fundación, expresa así esta concepción de su trabajo como misión: “La rutina cansa y aunque hay momentos en que quisiera tirar la toalla, me gusta el trabajo que hago. Cuando estoy con ellos mi vida cambia, me da otra idea y perspectiva de la vida. Puede que sea una labor remunerada pero yo no lo veo solo así, porque yo vengo de una familia muy pobre, de origen humilde, y me pongo en la situación de ellos. Yo pasé muchas dificultades durante mi infancia, y a pesar de que mi padre fue

un alcohólico, mi madre siempre trabajó y nunca dejó que nos faltara nada, y nosotros siempre trabajamos a la par de ella. Tal razón me ha hecho reflexionar y no dejar el trabajo que tengo, me empeño mucho en ayudarles, en darles lo que yo no tuve en mi infancia”.

Este compromiso no se limita únicamente a una parte del equipo, el que está más en contacto diario con los muchachos y muchachas, si no que impregna a toda la institución, como revela Claudia Salazar: “El capital humano y la parte espiritual en cada una de las personas que trabaja en Inhijambia es lo que marca la diferencia en esta organización, incluso en el área administrativa. Por ejemplo, si alguien del área administrativa observa que el comportamiento una niña no es adecuado o está en apuros, esa persona actúa siempre como apoyo de la educadora”.



Joven inhalante con su bebé en un foco del Mercado Oriental.
Fotografía de Javier Bustos Lozano.

3. Wayna

La Primera Fase se identifica con la palabra *Wayna*, un vocablo misquito que quiere decir mujer. En esta etapa se atiende a niñas, niños, adolescentes y jóvenes, aunque en su mayoría son varones, que viven y/o trabajan en las calles y son adictos mayoritariamente al pegamento usado por los zapateros, *crack*, alcohol u otras sustancias tóxicas. Una parte de la atención se hace directamente en las calles, pero también se dispone de una Casa de Acogida para algunos de ellos.

3.1. La vida en el foco

Habitualmente se conocen como “focos”, según cuenta Noelia Esperanza Ortega, coordinadora de la Primera Fase, “a los lugares donde se reúnen los muchachos, consumen droga, duermen, etc., y aunque deambulan por todo el mercado, su lugar de referencia está en esos puntos. Los focos son sucios, hay mal olor y están desprovistos de condiciones básicas para vivir”. Inhijambia centra su atención en los focos del Mercado Oriental (Gancho Camino, Callejón de la Muerte, La Basurera y La Terminal de la Ruta 170), en otros mercados (Israel Lewites, Huembes), algunos parques (Parque Luís Alfonso Velázquez, Parque de Ciudad Jardín, Parque de la Catedral), el Basurero de La Chureca y algunos barrios marginales.

Los muchachos de los focos hacen múltiples actividades para sobrevivir: acarrean bultos para los comerciantes, venden agua, lustran zapatos, cuidan los vehículos estacionados, además de rebuscar en la basura para encontrar comida. A pesar del estigma y el miedo que mucha gente les tiene, en su mayoría no se dedican al robo u otras actividades delincuenciales, según explica Ernesto José Guerrero, uno de los educadores, “entre ellos mismos existe rechazo a estas actividades, debido a que cuando llegan a hacerles algún reclamo o acusación al respecto, los golpean a todos o se llevan detenido al grupo entero”.

Los focos no son homogéneos. Algunos están compuestos mayoritariamente por adultos, que se han hecho mayores en las calles y han formado ahí sus propias familias. En otros casos predomina la población infantil. Según considera Román López Altamirano, otro de los educadores que trabaja en esta fase, “la mayoría de los niños están en las calles porque ya han perdido la confianza en sus familias y viceversa. Entonces ahí encuentran al amigo, el hermano, la pareja, o las mujeres y hombres que les hacen de mamás, papás, hermanas o tíos que juegan un rol protector. Les es más fácil encontrar ese tipo de apoyo en la calle”. De este modo, el foco se convierte en el marco en el que van desarrollándose esos muchachos.

Pero, como recuerda también Román, “la vida en la calle es muy violenta”. En los focos se reproducen las dinámicas de abuso, maltrato o agresiones, y las peleas son frecuentes. Noelia ahonda en esta descripción: “Estos niños suelen ser extremadamente extrovertidos, violentos, ofensivos, o por el contrario son retraídos, no exteriorizan nada. Hemos tenido casos de auto-agresiones. Por ejemplo se hacen cortes en los brazos o se golpean contra las paredes. Poseen

una autoestima bajísima, que se manifiesta en su cuidado personal, su higiene, la forma que se expresan acerca de ellos mismos”.

En ese ambiente, cuando los niños y niñas se quedan en las calles pronto empiezan a consumir droga, como una forma de evadirse de un entorno violento, imitando el comportamiento de otros muchachos, y finalmente también por adicción. Éste es uno de los grandes problemas que padecen. De hecho, los niños y niñas se concentran en los mercados porque ahí hay más facilidades para adquirir drogas. Cuenta Daysi Noelia, que les atiende como psicóloga, que “en un inicio solo consumen cigarros, alcohol, marihuana y luego pegamento. Éste último causa que su capacidad motriz sea nula, llegando al extremo que ya no pueden ni caminar y les tiembla todo el cuerpo. A nivel cognitivo sufren muchas alteraciones, trastornos, pierden la memoria a corto y mediano plazo”. Román advierte que de forma creciente aumenta el número de niños que consume alcohol, “los que antes consumían pega ahora consumen alcohol. Considero que ésta es una de las razones que ha dificultado que puedan salir de las calles”. En este sentido, Daysi Noelia dice: “la mayoría se muestran negativos, creen que no pueden salir de las drogas, que su vida no tiene otro camino,... Un día se muestran motivados por querer cambiar pero otros días están muy desanimados, sus estados de ánimo cambian rápidamente”.

3.2. Atención en las calles

Actualmente Inhijambia atiende entre 150 y 160 personas de ambos sexos y diferentes edades en distintos focos de la ciudad de Managua, aunque concentran sus principales esfuerzos en el Mercado Oriental, donde trabajan en cuatro focos. Éste es uno de los trabajos por los que es más reconocida la asociación, que ha mantenido la presencia en

las calles desde su origen. Mirna cree que aunque haya quien diga que “están gastando pólvora en zopilote, trabajando con una persona de 30 años, sin embargo nosotros consideramos que tratar a los mayores facilita el trabajo con los pequeños. Muchas de las personas mayores que se encuentran en los focos resguardan nuestra seguridad física, nos ayudan a que podamos levantar un censo,...”. Es precisamente en esta presencia en los focos lo que su directora considera que radica el éxito de la asociación.

El principal objetivo en esta fase es que mejoren las condiciones de vida de los muchachos que están en las calles y, a su vez, ayudar a aquellos que manifiestan más interés y voluntad para dejar la adicción a las drogas y prepararlos para que puedan reconstruir sus vidas.

El equipo técnico de Inhijambia mantiene una presencia constante en los focos. Semanalmente visitan los que se encuentran en el Mercado Oriental y los otros de forma más esporádica. En estas visitas se les brindan refrigerios y almuerzos, dan apoyo en distintos ámbitos y llevan a cabo actividades recreativas y deportivas.

Una de las primeras preocupaciones tiene que ver con la salud de los muchachos. Cada dos meses la asociación organiza intervenciones de limpieza de los focos del Mercado Oriental, el Parque de Ciudad Jardín y la cancha del Recinto Universitario Carlos Fonseca Amador (RUCFA), donde habitualmente hacen distintas actividades con los muchachos. Estas acciones de saneamiento son una condición básica para que pueda mejorar su salud.

Garantizar su derecho a una atención sanitaria ha sido otra de las prioridades. Tiempo atrás, los muchachos tenían muchas dificultades para ser visitados en los centros de

salud. Según explica Noelia “nos pedían que los lleváramos al Centro de Salud porque estaban enfermos, porque si iban solos no los dejaban entrar, no los atendían o no les daban los medicamentos. Les decían que si no llegaban con una persona responsable no los podían atender o entraban en conflicto con el portero porque no los dejaban pasar y se hacía un gran alboroto en la puerta”. Por este motivo Inhijambia hizo gestiones con el Centro de Salud Francisco Buitrago, para que los pudieran visitar cada vez que lo necesitaran. Gracias a estos cambios, continúa Noelia, “los niños han cambiado de actitud, porque se han visto aceptados. Ya no llegan tan a la defensiva y son más accesibles. Los niños más grandes, por ejemplo, ya llegan solos”. En el Centro de Salud también les hacen pruebas rápidas para detectar la presencia del VIH y se les brinda medicación básica. En los casos de VIH positivo si continúan inhalando no es recomendable darles medicación antirretroviral, porque al no haber garantías de que la tomen regularmente y su cuerpo no está bien alimentado, podría ser contraproducente para su salud.

De hecho, las enfermedades de transmisión sexual y en particular el VIH, constituyen una fuente de especial inquietud. Esto tiene mucho que ver con lo que Daysi Noelia llama el “despertar sexual agresivo” de los niños: “se masturban en cualquier lugar, dicen obscenidades y se expresan muy sexualmente, debido a que la mayoría han sido abusados. Aunque no lo expresen por pena, pero entre bromas lo van exteriorizando”. En el mismo sentido amplía Ernesto: “el despertar sexual en estos niños y niñas no es el común en una familia «normal». Desde muy pequeños su desarrollo sexual es apurado. Algunos con el fin de sentirse mayores o aceptados y otros porque se han visto obligados por situaciones de abuso. Viven en un círculo de promiscuidad, y cuando llegan a la edad de 17 ó 18 años, tienen una idea equivocada sobre lo que es la sexualidad. Por ejemplo expresan que «entre más

sexo tengo, más hombre me hago», y consideran a la mujer como un objeto sexual, que no puede hacer ningún reclamo”. Este desprecio hacia las mujeres está muy relacionado con algunas de sus experiencias. Como explica Daysi Noelia: “ven a sus madres y otras mujeres en el «callejón de la muerte» prostituyéndose, y lo conciben como algo normal, pero a la vez no les gusta hablar del tema, lo evitan, y se refieren con vulgaridades a las mujeres que se prostituyen y al mismo tiempo defienden a sus mamás diciendo: «a mi mamá no la toqués», les da pena y vergüenza, o se tornan violentos y muy agresivos al mencionarles a su mamá”. Y a la vez, para ellos mismos el intercambio de sexo por dinero o por droga se convierte desde pequeños en algo habitual.

En este sentido uno de los trabajos del equipo de Inhijambia es hablar con asiduidad a los muchachos y muchachas sobre la sexualidad y tratar de que puedan tener otras informaciones y perspectivas, tal como cuenta Ernesto: “también realizamos charlas acerca de la masturbación, con el objetivo de quitar la obsesión de los niños al respecto, además de procurar que no lo hagan públicamente”. Pero a causa de la vergüenza y los tabúes existentes, les cuesta mucho hablar sobre estas cuestiones y, como confiesa Ernesto, muchas veces no logran realmente comunicarse con ellos “hasta que nos piden ayuda porque tienen unas llagas muy grandes en los ganglios, en la ingle o su miembro sexual, mientras tanto el tema es prohibido, escandaloso”.

En este contexto de especial riesgo y vulnerabilidad, el crecimiento del VIH y el SIDA ha sido visto tanto por Inhijambia como por el Ministerio de Salud y otros organismos con los que colaboran como una amenaza grave para este grupo de población. Así lo percibe Román: “Es un problema muy grande porque últimamente está afectando fuertemente a los chavalos, ha incrementado el número de

infectados. Yo llevo un censo de todos los chavalos fallecidos desde 1995, y al menos 50 de los que yo he atendido han fallecido por diferentes causas. Unos murieron por asesinato, envenenamiento, por heridas de arma blanca o baleados, pero últimamente lo que ha subido es el nivel de personas infectadas con VIH/SIDA. Ha habido chavalos que se han suicidado porque estaban infectados. Para mí es muy triste y frustrante”.

El equipo de Inhijambia realiza con regularidad charlas educativas sobre distintos temas relacionados con hábitos de higiene, paternidad responsable, autoestima, salud, y en especial sobre salud sexual y reproductiva. Sin embargo las prácticas de riesgo siguen siendo comunes, tal como explica Ernesto: “la promiscuidad entre ellos hace que la situación sea más compleja, y además que se les hace difícil comprar los condones si tampoco tienen qué comer. Dentro de los focos existen jóvenes que están infectados con VIH/SIDA y ETS [Enfermedades de Transmisión Sexual] y tienen sexo sin protección con los demás miembros del grupo. Es por tal razón que el VIH va avanzando, debido a la falta de protección y de compromiso”.

Román considera que estas dificultades tienen que ver con la propia vida en las calles: “debido a los lugares donde están es difícil que puedan entender el mensaje que uno les trasmite, por más que nosotros intentemos hacerlo y comunicarles, influye mucho en su rendimiento académico, su educación, que no tengan donde dormir o asearse,... no todos captan igualmente el mensaje”. Pero más allá de las capacidades para entender e interiorizar unas determinadas recomendaciones, el problema, continúa Román, es más profundo y tiene que ver con su propia identidad y perspectivas de vida: “Para estos niños la enfermedad es algo normal, dicen: «de todos modos nos vamos a morir»,

o «no me importa que me dé». Aunque les transmitamos el mensaje y les demos el condón, no lo utilizan debido a que tienen mucho tiempo de vivir en las calles, donde han hecho sus vidas, y ya la toman sin importancia, saben que van a morir de una u otra forma, piensan que los matará el VIH/SIDA o la gente, o por otras razones”. Y sin embargo, concluye, “considero que debemos de insistir en este tema, para que se protejan”.

Ante estas dificultades Inhijambia, en coordinación con Solidaridad Infantil (SII) de Dinamarca, logró el apoyo financiero de la Embajada de Dinamarca (DANIDA) para el desarrollo de un programa de prevención de ITS, VIH y SIDA. Esta iniciativa empezó con la capacitación que Fundación Nimehuatzin brindó a todo el personal de Inhijambia en el método “Pásala”, a través de rondas, una nueva metodología pensada para que fuera más atractiva para los muchachos. Ernesto, su responsable, nos explica: “Las rondas consisten en encuentros de capacitación acerca del VIH/SIDA y las consecuencias que conlleva, la Ley 238, las ETS y los métodos de prevención; enseñarles a no discriminar a las personas que ya poseen el virus”. Al terminar el ciclo de capacitación se han realizado seis encuentros con grupos formados por unos veinte muchachos. “Estas rondas se hacen en lugares completamente diferentes a los lugares a los que ellos usualmente permanecen, con el fin de captar mejor su atención, y además para estimularlos”. El punto fuerte, según explica Noelia, llega al final, cuando “asiste una persona que da testimonio de su vida con VIH/SIDA, lo que termina de «cocinar» el tema, aclarando dudas. Los chavalos por lo general se muestran impactados, se identifican con esa persona”. Esta presencia sirve también para que entiendan “que el virus no se ve en el rostro”, explica Silvia Prado, una de las promotoras con muchos años de estar trabajando en las calles. De alguna manera,

y a pesar de las dificultades ya mencionadas el efecto parece haber sido positivo y, en palabras de Ernesto, “alentadores”.

Además de la salud, otra de las grandes áreas de intervención en la que trabaja Inhijambia en los focos es la educación. De este modo, se les ayuda en las gestiones que tienen que hacer para que los niños y niñas más pequeños que viven en los focos puedan asistir al Centro de Desarrollo Infantil (CDI) y a la escuela primaria. Por otra parte, como la mayoría de los muchachos y muchachas no fueron a la escuela, o estuvieron muy pocos años escolarizados, la principal línea de intervención se centra en su alfabetización. Los educadores de Inhijambia les dan clases para que aprendan a leer y escribir por medio del Programa de la Alcaldía de Managua “Yo sí puedo”, de origen cubano y que cuenta con el apoyo del gobierno de Venezuela. Años atrás iniciaron con el Programa de Educación de Adultos PAEBANIC, impulsado por la cooperación española, pero luego cuando las autoridades de Nicaragua impulsaron este nuevo programa cambiaron de metodología.

La formación se realiza en los mismos lugares donde viven los muchachos. Al principio, cuenta Noelia, “disponíamos de un tramo acondicionado en el Mercado Oriental, pero ya no lo tenemos. Teníamos un acuerdo mediante el cual nos brindaban ese local pero al terminar el periodo nos lo solicitaron, razón por la cual nos retiramos a las canchas, que estaban dispuestas solo para las actividades deportivas. Pero en vista de la situación todo se trasladó hacia las canchas mientras no tengamos otro lugar más adecuado, ya que cuando llueve se dificulta el trabajo”. Actualmente, después de diversas gestiones, se utilizan las instalaciones de la Biblioteca Niños Felices, ubicada en el mismo Mercado Oriental.

Como parte de los esfuerzos por facilitar un proceso de reintegración social, Inhijambia apoya a los muchachos para que puedan obtener los documentos que cualquier ciudadano necesita habitualmente para hacer distintos trámites legales, como la cédula, el certificado de nacimiento, o el “record” de policía, en otros. Toda esta presencia y trabajo en los focos posibilita una gran familiaridad y permite que se establezcan relaciones de confianza. Además de los educadores, el equipo presente en los focos está formado por promotoras, que son jóvenes que vivieron también en las calles y pudieron salir de ahí y reconstruir sus vidas. Nunca actúan en los mismos focos en los que ellas vivieron, pero su ejemplo tiene un gran impacto entre los niños, niñas y adolescentes que actualmente viven en la calle.

En base a esta proximidad, el equipo de Inhijambia puede identificar a algunos de los niños, niñas y adolescentes que podrían dejar la vida en las calles y manifiestan deseos de hacerlo. En ese caso se les invita a las actividades que hace Inhijambia en su Casa de Acogida.

3.3. Una Casa de Acogida

La Casa de Acogida fue creada el año 2007, cuando Inhijambia tuvo capacidad económica para comprar otro lugar donde trasladar sus oficinas y la atención a las niñas de la Segunda Fase. Fue entonces que, en el primer local que tuvo la Asociación, se pudo instalar este nuevo servicio. En la Casa se atiende diariamente a un promedio de unos veinticinco niños, menores de 18 años. El propósito fundamental es ayudar a los niños y adolescentes que están viviendo en la calle, que son adictos a las drogas, y que muestran más voluntad de cambio.

Las actividades en la Casa empiezan a las 7 de la mañana y terminan a las 4 de la tarde, aunque de forma regular se organizan salidas y numerosas actividades recreativas. Noelia nos cuenta cómo inicia su rutina diaria: “lo primero que se hace es la higiene personal”. Periódicamente se les desparasita en el cabello, la piel y el estómago. “Después que se bañan se les da el desayuno”, continúa Noelia. El propósito, además de mejorar su dieta, es que los niños vayan adquiriendo hábitos y normas básicas de comportamiento y convivencia.

Al terminar de desayunar, continúa Noelia, “pasan a las charlas, que las prepara el educador de turno. Son charlas que tienen que ver con la autoestima, salud sexual y reproductiva, prevención de violencia intrafamiliar, derechos del niño... otras son más espirituales, abarcan temas como el perdón, el rencor, la familia, etc. Depende mucho de la persona que se encuentre de turno, ya sea la psicóloga o el educador. Hacemos uso también de videos, sobre el embarazo, el VIH/SIDA,... Tratamos de ir relacionando las charlas con sus vidas, así son más receptivos, aunque algunos llegan con sueño porque en la noche no durmieron bien, pero por lo general sí ponen atención”. A través de estas reuniones de grupo los muchachos se acostumbran a exponer sus inquietudes, ideas y puntos de vista, y también aprenden a plantear dudas o pedir aclaraciones.

Una vez terminan las charlas realizan la limpieza de la Casa. Diariamente realizan deporte y actividades orientadas a mejorar su educación, tanto de alfabetización como de refuerzo escolar. Algunos de los muchachos asisten a la escuela y otros no. Como en los focos, usan el Programa “Yo sí puedo”, pero adaptado a las particularidades de estos niños, tal como explica Noelia: “se inició utilizando el método que nos enseñaron, pero no nos resultaba, ya que

los niños se dormían viendo los videos, resultaba aburrido para ellos. Entonces tuvimos que quitar el video y empezar a dar las clases nosotros, haciéndolo más participativo, lo que nos dio mejores resultados”.

Cuando ya han sido alfabetizados se les apoya para que puedan integrarse en la red escolar pública. Continúa Noelia: “Existen chavalos que se han alfabetizado en la Casa de Acogida, y después han entrado al sistema escolar con mejores resultados. La mayoría que están en la escuela hacen dos años escolares en uno solo, debido a la edad que tienen. Normalmente cursan la Primaria en tres años, pero hemos tenido chavalos que hacen la primaria en dos años, porque ya se han alfabetizado en la casa, tienen chispa, hacen una prueba y los promueven de grado”. Y con orgullo cuenta una experiencia particular: “Tuvimos un caso de un niño que lo hizo en dos años. Lo cambiamos de colegio porque tuvo una dificultad, pero al ingresar al otro entró al tercer ciclo, y además de eso está aprendiendo el oficio de soldadura”.

A pesar de los esfuerzos, en muchas ocasiones el ambiente en el que viven en la calle dificulta que puedan mejorar en su rendimiento escolar, y no solamente los que son inhalantes. Al respecto, Gisela García, educadora social en esta fase, cuenta una experiencia particular: “Tenemos el caso de un niño que vive en la Basurera del Mercado Oriental que es muy buen alumno. Pero a veces entra en crisis por el ambiente en que vive, por las condiciones en las que duerme, que cuando llueve se moja,... Aunque él rinde en las clases, emocionalmente anda mal”.

También realizan distintos talleres que imparten las promotoras, como manualidades, danza, panadería (cuya producción consumen en la misma Casa), etc. Estos talleres además de mantenerles ocupados tiene un efecto muy

positivo en los muchachos, porque según explica Ana María Aburto, “les hace sentirse útiles, capaces, ya que a la mayoría en sus hogares o en la calle les decían que no servían para nada, que eran brutos”. Los talleres les “demuestran a ellos mismos que tienen capacidades, que sí pueden aprender”. Y aunque estas actividades no tienen un contenido técnico, también les ayudan a ir descubriendo qué les gustaría hacer para ganarse la vida.

A medida que el trabajo de la Casa de Acogida se fue consolidando el tema de la formación técnica ha ido ganando peso entre las preocupaciones de Inhijambia. Al respecto, Noelia explica cómo han ido resolviendo las dificultades para poder brindar mayores oportunidades a los muchachos: “tenemos dificultades para la preparación técnica, porque los chavalos no tienen la edad o no poseen el nivel académico adecuado. Hay chavalos grandes que no han terminado la Primaria, por lo tanto INATEC [Instituto Nacional Tecnológico] no los acepta si no tienen 16 años y al menos 6º grado aprobado. Entonces pensamos otra opción: recurrir a miembros de la comunidad que sean sensibles a estas circunstancias y que acepten incluir a los chavalos en sus talleres”. No ha habido muchas experiencias en este sentido, pero sí algunas: dos muchachos de la Casa se incorporaron a un taller y trabajaron en refrigeración y en torno-soldadura respectivamente. Y continúa Noelia: “uno de ellos consiguió trabajo en una imprenta y dejó el taller, y ya hizo su vida independiente, y el otro continúa en el taller”.

Otra de las líneas de intervención de la Casa de Acogida tiene que ver con la atención médica y psicológica de los muchachos. Igual que en la atención en los focos, se ha establecido coordinación con el Centro de Salud Francisco Buitrago y con diversos hospitales para la consulta de especialidades y exámenes de laboratorio. Inhijambia

les garantiza los medicamentos necesarios en caso de no ser suministrados por los servicios públicos y se lleva control sobre sus enfermedades. En los casos que se han visto obligados a estar hospitalizados las promotoras les acompañan.

También se les brinda atención, seguimiento y orientación psicológica tanto de carácter individual como de grupo o pareja. Uno de los primeros problemas con los que se enfrenta su equipo es cuanto los muchachos todavía son adictos a las drogas. Daysi Noelia, una de las psicólogas de Inhijambia, relata que intenta hacerles reaccionar y motivándolos para que dejen la droga. Y explica: “tratamos de fortalecer su autoestima, ya que la mayoría han sido maltratados y humillados desde muy pequeños, son carentes de afecto, y creen que son incapaces de salir adelante. Además están renuentes a expresar lo que les pasa y sienten miedo de que al contármelo yo se lo diga a otra persona.” Uno de los temas más complejos de abordar son las secuelas del abuso sexual, tal como comenta Daysi Noelia: “Es un tema bien sensible debido a que les cuesta expresar que han sido abusados en sus casas o en la calle. Se les hace difícil expresarse por el machismo que existe, con el miedo de que los tilden de homosexuales”.

Como parte de esta atención más personalizada, el equipo de Inhijambia realiza también visitas domiciliarias con el fin de identificar y buscar redes de apoyo para el niño o adolescente. Esto les permite conocer mejor las razones que les llevaron a vivir en la calle. En ocasiones, explica Daysi Noelia, “nos encontramos con niños que no tienen ningún apoyo familiar, dicen estar decepcionados de ellos, aburridos de corregirlos y que no cambian. Sin embargo también nos encontramos con familias que están dispuestas a apoyar, que se interesan por sus hijos”.



Joven de la Segunda Fase en clase de refuerzo escolar.
Fotografía de Javier Bustos Lozano.

4. Jambalaya

La Segunda Fase se denomina *Jambalaya*, una palabra misquita que da nombre a una canción y, al mismo tiempo, a una comida típica de la costa caribeña nicaragüense. En esta etapa se atiende regularmente a unas cincuenta niñas, adolescentes y jóvenes de hasta 18 años (aunque en determinados momentos algunas de ellas superaron esa edad). Solo se trabaja con mujeres. La mayoría se integran en las actividades del Centro de Día, abierto desde primera hora de la mañana hasta media tarde, pero para aquellas niñas y adolescentes que están en situación de extremo riesgo Inhijambia dispone también de una Casa Hogar, donde viven bajo los cuidados de la institución. En esta fase primordialmente se intenta consolidar la autoestima y empoderamiento personal de las muchachas con una atención y cuidado de carácter integral. De forma progresiva cada vez más se ha ido interviniendo con las familias y responsables adultos de las niñas y adolescentes.

4.1. En el Centro de Día

A pesar de que las niñas que llegan a la Segunda Fase no se encuentran en un estado de adicción a las drogas, como en la Primera Fase, continúan en un entorno de riesgo y extrema vulnerabilidad. Según cuenta Yahaira Ramírez, supervisora de esta fase, “muchas de ellas las fuimos a buscar a los focos, llegaron remitidas de la Fase I o a través de la recomendación de alguien. Las problemáticas más

comunes que han vivido son la drogodependencia, la prostitución, el maltrato, el abuso, la violencia y, sobre todo, la «callejización», como así se le conoce comúnmente”. Y tal como asevera Nidia Ramírez, psicóloga también en esta misma fase, “por lo general se encuentran lastimadas físicamente, sufren de una mala alimentación, carecen de afecto, sin educación, carecen de información, etc.”

Esta situación hizo que Inhijambia se planteara la necesidad de una observación constante sobre el estado de cada una de las menores, tal como explica Ana María Aburto: “estamos pendientes de todo, tanto de la escuela como de su apariencia física, estado emocional y psicológico, alimentación, calzado, vestuario, salud, su cabello (porque algunas de ellas tienen piojos), nutrición, sus piezas dentales. Incluso de sus documentos de identidad, ya que algunas niñas tienen 14 ó 15 años y no están registradas en el Registro Civil, no poseen partidas de nacimiento. Hay mamás que no las han podido registrar ya que ellas mismas no están inscritas”. Y en el mismo sentido se expresa Nidia Ramírez, psicóloga en esta fase: “Somos como las mamás de las niñas: que no vayan pintadas ya que son muy niñas aún, que coman, que sean puntuales,...”.

Esta preocupación por el bienestar general de las niñas se traduce en una **atención integral** que se compone de diversas líneas de actuación: mejora de la alimentación, cuidado de la higiene personal, promoción de nuevos hábitos de comportamiento, atención en salud, vigilancia y protección ante situaciones de abuso o maltrato, inserción escolar y refuerzo educativo, potenciación de intereses y aptitudes laborales, incremento de su seguridad y potencialidades a través de talleres y diversas actividades recreativas. En definitiva, lo que se persigue es incrementar el empoderamiento personal de las muchachas.

Todas las niñas y jóvenes que asisten al Centro de Día desayunan y almuerzan en la Asociación. Esto permite que poco a poco vayan **mejorando su alimentación**, porque tal como asegura Mirna, “muchas están desnutridas”. También se lleva un control exhaustivo del peso y tamaño de cada una de ellas, lo que permite dar seguimiento a su proceso de crecimiento y mejoría.

A excepción de las niñas que viven en la asociación, en su mayoría ya llegan al Centro de Día aseadas de sus casas, pero ahí las revisan y se tiene **cuidado de su higiene y presentación personal**. El personal examina que no tengan hongos en la piel o piojos, que estén limpias, peinadas, que sus zapatos estén limpios. Esta inquietud por la higiene tiene que ver con cuestiones de salud, pero también de valoración personal. En este sentido se pronuncia también Yahaira: “le damos mucha importancia a la apariencia física porque, por lo general, cuando sacamos a las niñas de los focos, vienen descalzas, sucias, con una autoestima desbaratada. Cuando llegan a Inhijambia hacemos que vean la importancia y el valor que ellas poseen, y que no solo se tienen que sentir bien por dentro sino que también deben proyectarlo en su exterior, en su apariencia y vestimenta, con el objetivo que se vean presentables, que no se sientan rechazadas, que se sientan persona y parte de una sociedad, que se les vayan quitando los complejos”. En el mismo sentido Mirna pone como ejemplo la importancia de ir bien peinadas: “les brinda más seguridad, se sienten más bonitas, las miran mejor, van aprendiendo a andar arregladas y sienten que tienen un valor en la vida”.

Igualmente se procura que adopten nuevos **hábitos de comportamiento** y puedan convivir con otras muchachas con más tranquilidad y sin tantas peleas, o que consigan tener más capacidad de atención y estabilidad emocional. Pero el contexto del que provienen no hace fácil estos

cambios, tal como explica Nidia: “Ellas no captan las reglas tan fácilmente, porque nunca las han tenido. Nunca les han instruido que deben llegar puntualmente a determinada hora o que deben comer con cubiertos, cepillarse los dientes, quitarse los piojos de la cabeza, lavar la ropa cada día, cortarse y limpiarse las uñas, etc.”.

Diariamente, la doctora de la asociación lleva un seguimiento particular del **estado de salud** de cada una de ellas y, cuando es necesario, las manda a visitar al Centro de Salud Francisco Buitrago o a algún hospital. En el caso que los servicios de salud públicos no puedan brindarles toda la medicación requerida, la asociación se hace cargo de los gastos de su compra.

Dadas las situaciones traumáticas que han vivido, o pueden estar viviendo, hay también una preocupación específica por la **vigilancia y protección ante situaciones de abuso sexual o maltrato**. Cuando las trabajadoras de Inhijambia identifican alguna situación de estas características dan inmediatamente atención a la niña o la joven e inician coordinaciones con el Ministerio de la Familia, Adolescencia y Niñez (MIFAMILIA), “y les exponemos la situación que está viviendo” para que puedan actuar, “aunque el mecanismo es muy lento”, considera Yahaira.

Por otra parte, en el Centro de Día también reciben seguimiento y orientación psicológica de carácter individual. Según explica Ana María la mayoría de las niñas que llegan a Inhijambia han sido abusadas: “Cuando ingresan acostumbran a estar calladas, no quieren expresar las cosas que han vivido o están viviendo. Y se las ayuda para que puedan romper el silencio, que puedan decir lo que les está pasando, ya sea con la mamá, el papá o el pariente”.

Otras intervenciones tienen un carácter más grupal. Nidia explica que también organiza otro tipo de sesiones: “me reúno con ellas según los niveles de edad, y abordamos algún tema de una manera muy vivencial. No es una charla, es más bien un ejercicio, y se aborda de una manera participativa. Incluso ambientamos con una música de fondo, por lo que sienten que es un momento muy especial. Uno de los temas que abordamos es el de la Salud Sexual Reproductiva. Cada una ha tenido experiencias negativas al respecto por lo que entre ellas se van ayudando. Incluso invito a algunas de las muchachas que tiene más tiempo de estar aquí para que les cuenten su experiencia y lo que hicieron para superarla. Cada sesión dura unos 45 minutos, y se pueden ir repitiendo las sesiones con el mismo grupo, dando continuidad al tema”. Pero en ocasiones algunas muchachas le han manifestado que no querían continuar en las sesiones de grupo, “y entonces yo respeto su decisión y las trato de una manera individual”, aclara Nidia.

Por medio de estas actividades también se les ayuda a identificar y prevenir situaciones de abuso, “se enseña a que no deben confiar en personas extrañas o incluso en los mismos familiares que les ofrecen cosas a cambio de situaciones que no son correctas”, aclara Ana María. Por este medio, como cuenta Yahaira, las apoyan para que puedan ir elaborando sus propios planes personales de vida, “tratando de empoderarlas para que salgan adelante, cambiando su visión de la vida, de un mundo oscuro, de vagancia, del círculo vicioso en el que se encontraban, y se busca transformar sus perspectivas de vida”.

Uno de los cambios en el ámbito de la salud sexual y reproductiva que, según Mirna, merece ser especialmente resaltado es la reducción del número de embarazos entre las muchachas de la asociación, en comparación con el entorno

del que proceden: “La planificación ha sido un logro inmenso, ahora es muy raro que quede embarazada alguna de las muchachas que atendemos. Logramos que aprendieran a planificar, a usar el preservativo. Antes solo utilizaban la inyección, y costaba que se la pusieran, pero ahora se les ha explicado y han comprendido que es perjudicial para su salud que desde muy jovencitas se estén inyectando y que es mejor utilizar el condón, porque no solo se trata de evitar el hijo sino el VIH/SIDA y otras ETS”.

Promover la **inserción escolar** de las niñas y jóvenes y mejorar su nivel educativo es otro de los esfuerzos priorizados por Inhijambia. En muchas ocasiones las muchachas habían abandonado la escuela a causa de las circunstancias que estaban viviendo. De este modo, se procura que se inscriban en alguna escuela pública, incorporándolas en el grado que les corresponde. Y si les hace falta primero se ponen al día a través del método de alfabetización “Yo sí puedo”. Con el fin de facilitar esta reintegración, el equipo de la Asociación mantiene una estrecha coordinación con las directoras y maestras de esas escuelas a las que asisten (Rubén Darío, Anexo Solidaridad por la Paz o América I) y se entrevistan con ellas semanalmente para conocer los avances y dificultades que pudieran tener.

Las niñas asisten diariamente a la escuela entre la 1 y las 5.30 de la tarde, por lo que una parte de la mañana en el Centro de Día se dedica al refuerzo pedagógico de forma individualizada, acompañándolas en las dificultades que cada una de ellas pudiera tener.

A las muchachas también se las intenta motivar e incentivar para que tengan más oportunidades para ver cuáles son sus **intereses y aptitudes laborales** y, de este modo, orientar mejor sus futuras elecciones. Para ello se han puesto en marcha dos

tipos de formación. Por una parte, los talleres de capacitación técnica que se realizan en centros de formación especializada externos a Inhijambia. Por otra parte, dentro del mismo Centro de Día se organizan diversos talleres: computación, costura, manualidades, música, lectura de cuentos, belleza, aeróbicos y danza. Además de gozar de un tiempo de recreación, que les permite estar ocupadas, relajarse y olvidar sus problemas, los talleres les permiten conocer mejor distintos tipos de actividad. Pero también tiene otras funciones, como explica Yahaira: “en cada uno de los talleres las niñas proyectan sus sentimientos, emociones, sus vivencias,... Muchas veces a través del juego o de cómo se comportan nos podemos dar cuenta si esa niña está siendo maltratada o abusada”. Auxiliadora Figueroa, promotora de la Segunda Fase, cuenta a partir de su propia experiencia la importancia añadida que pueden llegar a tener estos talleres: “Mi autoestima entonces estaba por los suelos, pero en Inhijambia me ayudaron mucho. Cuando estaba en el taller de danza Yadira [la promotora] me ayudó mucho, me instruía y yo sentía que sí me tomaban en cuenta, y eso para mí era muy importante porque sentía «o sea, sí existo», porque me invitaban a integrarme y participar. Más tarde en panadería igual, yo ponía un poquito más de atención que las demás, agarraba bien las cosas. Y entonces yo sentía que mi persona sí tenía valor porque me preguntaban, y yo tenía aquel gusto de poder enseñar. Y eso fue un cambio muy bonito, y entendí que la vida no era una rutina”.

Continúa Yahaira detallando cómo se organizan estas actividades: “Judith Sánchez, la coordinadora, se encarga de distribuir a las niñas en los distintos talleres. Ellas pueden elegir el que sea de su preferencia, pero cambian de taller cada 3 ó 6 meses. Nosotras les decimos que vayan probando, y que si no les gusta se pueden cambiar a otro. En los talleres vamos analizando su comportamiento, su disciplina y asistencia; actitudes que les sirven para ganarse

su lugar en el siguiente taller. Todas tienen que aprender algo nuevo, y aunque a alguna, por ejemplo, no le guste coser, le hacemos ver que por lo menos es importante que aprenda a poner un botón, a zurcir, a hacer cosas manuales que le serán útiles para su propia vida”.

Uno de los talleres que se imparte desde hace más tiempo es el de música. En él se dan clases de canto coral, guitarra, flauta dulce y piano. Danilo Medrano, su responsable, explica el papel que juega este taller en la formación de las niñas, más allá del aprendizaje de un instrumento o técnica concreta: “Uno de los objetivos es lograr la integración de las muchachas, que aprendan que pertenecen a este Coro, que entiendan que de ellas va a depender algo. Por otra parte, el aprendizaje de la música les ayuda a desenvolverse en un medio nuevo, y les va quitando el temor a expresarse, porque una vez que se atreven a cantar después ya no les da pena hablar, entonces la música les ayuda a comunicarse mejor. Es muy útil para mejorar su autoestima”. Y esto es especialmente importante tomando en cuenta las condiciones en las que han crecido, continúa Danilo, “probablemente las niñas solo han recibido maltrato hasta el día que llegaron a aquí, además las han convencido de que no saben hacer nada. Sin embargo en las clases de coro pronto se dan cuenta que pueden cantar una canción. Entonces esa es una sensación de logro, y cuando obtienen un logro quieren más, porque ya se van sintiendo capaces de hacer algo, aunque sea sencillo, como cantar una canción infantil, pero ya constituye un logro. En las clases tratamos siempre de estimular ese tipo de actitudes, y a medida que van alcanzando logros se van estableciendo más responsabilidades, por ejemplo que la niña más avanzada en las clases de piano ayude a las nuevas”.

Del mismo modo que los talleres contribuyen a mejorar la seguridad, autoestima y las potencialidades de las muchachas, Inhijambia organiza otras **actividades recreativas** de carácter

puntual que, a la par de brindarles algunos ratos de ocio, favorecen también este tipo de procesos de empoderamiento. Es el caso, por ejemplo, de las salidas que llevan a cabo mensualmente a lugares como el zoológico, la piscina, el mar, el Puerto Salvador Allende o el cine en algún centro comercial. Así lo manifiesta Yahaira: “resulta importante llevarlas a los centros comerciales, al cine,..., porque a través de estas actividades las vamos integrando y relacionando con las demás personas. No se trata que solo acá se sientan bien o importantes, en Inhijambia, se tienen que sentir bien y seguras en cualquier lugar. Yo les he dicho: «usted no se debe de sentir menos, por más que usted no tenga dinero, a usted no le importa, debe comportarse y sentir bien en cualquier parte, si vos te sentís bien, el problema lo va a tener la otra persona, no vos»”.

Todo este conjunto de actividades y líneas de intervención son complementarios entre sí. Constituyen la base para generar un entorno de protección y estímulo que al fin deben servir para que las muchachas recuperen su autoestima y puedan realmente empoderarse. Auxiliadora lo resume con claridad: “La clave es lograr que la chavala sienta que sí es importante y que ella vale mucho. Trabajamos con la autoestima, que se valore, y es ahí donde se va a dar cuenta que hay que salir, que sí puede quererse”.

4.2. Nuevos hogares

En el trabajo de atención a niños y niñas de la calle existe el debate sobre hasta qué punto es necesario separar a los menores de su entorno e institucionalizarlos, o se considera que esto en realidad no es deseable, o sencillamente posible. Inhijambia se ha planteado esta cuestión con la construcción de una estrategia múltiple, que tiene en cuenta las circunstancias particulares de cada niña o adolescente, y sus propias posibilidades como institución para actuar.

El principio general es que es mejor que las menores vivan con sus familias y no sean institucionalizadas. De hecho, la mayoría de muchachas que se encuentran vinculadas a la Segunda Fase viven con sus familias. Esto no deja de comportar riesgos, tal como identifica Nidia: “lo notamos más los lunes, ya que los sábados y domingos pasan más tiempo con sus familias, donde usualmente hay violencia. Entonces, al llegar a Inhijambia se les nota en sus apariencias y actitudes que vienen mal. Algunas regresan tristes o muy activas, con mucha rabia, con un sinnúmero de emociones diferentes”. Es por eso que se hace un seguimiento constante en cada uno de los hogares, a la vez que se ha puesto en marcha una nueva línea de intervención y acompañamiento a los referentes adultos de las muchachas, lo que llaman una Escuela de Padres y Madres, y que veremos con mayor detalle en el siguiente apartado.

Sin embargo esta vinculación de la menor con su familia no siempre es posible. En algunos casos puede que no tengan familia, que ésta no puede hacerse cargo de ellas, o porque ahí es donde se encuentra su abusador o quien las ha maltratado. Ante estas circunstancias Inhijambia ha tratado de resolver el problema por dos vías: los Hogares Grupales para las mayores, y el Hogar de Protección para las más pequeñas.

Los **Hogares Grupales** están dirigidos especialmente a las adolescentes y jóvenes de la Segunda y Tercera Fase. La asociación construyó en el barrio Milagro de Dios dos instalaciones de estas características, que llevan por nombre Yan Verdina I y II, en agradecimiento a sus donantes solidarios. En cada uno de ellas hay 8 cuartos, lo que ha permitido dar respuesta en total a las necesidades de 16 muchachas. Cada uno es ocupado por una joven y eventualmente su hijo o hija y, en algunas ocasiones, su pareja. En el cuarto disponen de

cocina y una cama. Tienen también espacios comunes como el patio, los baños y los lavaderos.

Estas infraestructuras son propiedad de Inhijambia y se ceden a las muchachas tras la aceptación del reglamento interno de funcionamiento que, tal como cuenta Benigno, establece que, por ejemplo, “no están permitidas las peleas; no pueden hacer fiestas sin un acuerdo previo con la dirección de Inhijambia y las otras muchachas, para que no existan conflictos; hacer el aseo en conjunto...”. Esta convivencia ayuda a que, continúa Benigno, “entre ellas mismas se apoyen y se coordinen. Por ejemplo, si una de ellas está enferma la otra la asiste, o si está embarazada corre a ayudarla para llevarla al hospital, etc., es así que mantienen una convivencia social”. Mirna explica del siguiente modo esta relación: “Están juntas pero a la vez son independientes. Nadie las cuida de noche, son muchachas integradas a la sociedad y son solidarias entre ellas”.

Cuando aun están en la Segunda Fase la asociación asume todos los gastos derivados de su alimentación, transporte, medicinas, pañales y materiales de higiene personal, así como los gastos derivados de su formación. Una vez se hacen mayores y empiezan a trabajar pero aun no pueden costearse una vivienda propia continúan viviendo ahí pero ya asumen sus gastos personales y de los servicios que consumen. “Quienes trabajan pagan la luz eléctrica y el agua, y así ellas van haciendo conciencia de que no pueden estar malgastando. De esa manera van aprendiendo que estas acciones tienen un costo”, explica Benigno.

Los inicios, cuando se instalaron en el barrio Milagro de Dios, no fueron fáciles. Al no disponer de muchos recursos compraron donde era más barato, una zona en la que no habían servicios básicos. Pero las muchachas se fueron

integrando, tal como cuenta Mirna: “En ese entonces, en el barrio Milagro de Dios no había agua, ni luz,... hicimos las casas como pudimos. Pero ellas ya tenían un lugar que era suyo. Se organizaron en la comunidad y comenzaron a ayudar, a hacer zanjas para meter el agua. Trabajaron duro, se sintieron por primera vez parte de la sociedad, porque antes solo estaban institucionalizadas. Y al mismo tiempo la sociedad también sintió que eran parte de ella, las invitaban a reuniones, y cuando hacían actividades o celebraciones ellas salían bailando folklore.”

Por su parte, el **Hogar de Protección** fue creada en el 2008 para alojar y dar protección a las niñas más pequeñas, a partir de 9 años, que estaban viviendo en una situación de especial riesgo por ser víctimas de abuso y/o explotación sexual. El Hogar está en coordinación y bajo la supervisión de las autoridades competentes, como explica Mirna: “hicimos todas las gestiones y el Ministerio de la Familia nos dio un aval para que nosotros fuéramos los guardadores de estas niñas, y ellos nos supervisan periódicamente”.

Nidia, la psicóloga de la asociación, explica la situación tan delicada en la que estaban estas niñas: “en sus casas está la persona que abusa de ellas, otras no poseen padres y se quedan deambulando por las calles, o en sus hogares hay mucha violencia. En otros casos sus familiares consumen alcohol o droga, o mantienen un expendio de drogas,...”. A lo que añade Mirna: “vivían en las calles, las abusaban sexualmente, tenían enfermedades de transmisión sexual, observaban todo lo que te podés imaginar, inhalaban pega desde que estaban en el vientre de su madre, o su mamá también les daba pega para que dejaran de llorar,... Nos vimos obligadas a traer a esas niñas aquí, para que no siguieran en esa situación en las calles”.

De hecho, las niñas constantemente hacen referencia al sexo, reflejo de las situaciones en las que han vivido, y de un modo que no es propio a su etapa de desarrollo. Mirna lo cuenta con preocupación: “Cuando a las niñas les comprábamos juguetes para Navidad todo era sexual: la muñeca haciendo el amor con otra muñeca, el peluche haciendo el amor con otro peluche, o peleándose. O si la psicóloga comienza a jugar con las niñas, ellas dicen «ay, ya estoy embarazada, ya voy a tener un hijo», o cuentan que «anoche lo hice de tal manera». Repiten todo lo que han vivido, visto o escuchado en la calle. Han quemado muchas etapas, y por ejemplo no saben ocupar los cubiertos o una tijerita de preescolar, pero en cuanto a sexualidad saben más de la cuenta, aunque de una manera distorsionada”.

El Hogar ha estado en distintas instalaciones, pero actualmente se encuentra ubicada contiguo al Centro de Día, donde todas las niñas están integradas dentro del horario habitual. Actualmente hay 8 niñas. Viven bajo la tutela y cuidado del equipo de Inhijambia en un ambiente bastante familiar. Ana María describe cómo funciona la coordinación del equipo a su cargo: “Son cuidadas por una psicóloga y una promotora, y existe un cuaderno de incidencia en el cual se apunta la situación de las niñas. Al día siguiente, la persona que sale de turno inmediatamente entrega el cuaderno a la psicóloga, le explica la situación, los problemas que se presentaron,... Esta coordinación es muy importante, ya que se puede analizar inmediatamente cuáles son las medidas a abordar con cada niña”.

4.3. La escuela para padres y madres

La mayoría de niñas y adolescentes integradas en la Segunda Fase continúan viviendo con sus familias. Independientemente de la vía por la que llegan a la asociación, su equipo técnico hace un trabajo de identificación de su contexto familiar,

tal como explica Ana María: “En el momento que se hace el trabajo de terreno se reconoce o identifica quién es la persona que está de tutor de la niña, ya sean sus padres biológicos o bien su abuela u otro familiar, pero siempre se hace un trabajo de reconocimiento de los familiares del niño o la niña que ingresa a Inhijambia”. De hecho, por múltiples factores las familias en Nicaragua se alejan del patrón de familia nuclear con papá, mamá y los hijos bajo un mismo techo. Cada vez es más necesario hablar de adultos referentes o responsables de la crianza y cuidado de los niños y niñas, que no tienen por qué ser necesariamente el padre o la madre biológica. En los últimos años la situación de pobreza y la emigración ha hecho que muchas veces faltara uno de los progenitores, o los dos. Entonces esta responsabilidad puede quedar en otras personas.

Estas visitas sirven para conocer mejor las causas de las problemáticas que presentan las menores, “porque resulta que no es lo mismo la entrevista aquí en las oficinas que ir a visitarlos”, subraya Ana María. Al mismo tiempo este acercamiento permite brindarles orientaciones educativas que ayuden a mejorar la comunicación y las relaciones familiares.

Más recientemente, el equipo de Inhijambia se dio cuenta de la necesidad de hacer un trabajo específico dirigido a las madres y padres, o alguno de los referentes adultos que tienen cuidado de ellas, y brindarles así apoyo. De esta preocupación nació lo que han llamado Escuela de Padres y Madres, en parte también coincidente con las preocupaciones que expresa el Programa Amor del Gobierno de Nicaragua. En ella, explica Nidia, “no solo se invita a los padres biológicos, también se hace extensivo a otros recursos familiares que viven en el entorno de la niña, como puede ser la abuelita, tías, tíos o hermanas mayores”. Tiene como finalidad

impulsar y fortalecer el trabajo de orientación educativa de los responsables de las menores. Así se procura mantener un contacto directo con las familias para que se involucren más en la rehabilitación de sus hijas y su integración en las actividades que desarrolla la asociación.

De este modo, una vez al mes organizan charlas sobre distintos temas relacionados con la niñez, el VIH y SIDA, sobre cómo mejorar las relaciones con los hijos e hijas, factores de riesgo, cómo establecer límites, o de qué forma corregir. Nidia, que es la responsable de esta nueva estructura, explica cómo hacen para que funcione: “la metodología empleada es activa y participativa: reflexión-acción y acción-reflexión. También aplicamos el enfoque de construcción: que por ellos mismos vayan elaborando las ideas y comportamientos que deben de aplicar. Nosotros solo los orientamos para mejorar la convivencia familiar y retomamos algunas debilidades que tenemos como seres humanos, abordadas con mucho respeto para que no se sientan heridos, pero sí con mucha asertividad, para que esas debilidades las vayan convirtiendo en fortalezas. Abordamos todo ese abanico de temas de una manera activa, participativa y vivencial”.

También organizan algunos video-foros con los materiales que les facilita la Fundación Luciérnaga, una institución nicaragüense especializada en comunicación para el desarrollo, con quien Inhijambia mantiene una estrecha relación de colaboración. Según explica Nidia, “estos videos les han impactado mucho, les han hecho reflexionar”. Al final de cada sesión, se intenta establecer conexiones con su propia experiencia y “siempre les preguntamos: ¿qué han aprendido y cómo lo pueden llevar a la práctica? Cuando volvemos a reencontrarnos en otra sesión, tratamos de refrescar lo que vimos y lo que han hecho a la fecha. Así se van desarrollando y perdiendo la timidez”.

Inicialmente participaban pocas personas en estos encuentros, recuerda Nidia: “La primera vez solo asistieron 7, pero hoy me siento muy satisfecha porque asisten de 26 a 30 personas. En la mayoría de casos vienen o solo la madre o solo el padre, pero ya asisten 3 parejas”.

Cuando es necesario también se mantienen entrevistas particulares para abordar cuestiones como las causas de los comportamientos de las muchachas o para orientarles mejor y dar seguimiento a los distintos compromisos asumidos. Las reuniones particulares son también importantes, explica Nidia, “para escucharles y que se sientan más partícipes”. Esto ha tenido efectos positivos, continúa Nidia, “ahora los padres han cambiado, tienen más confianza con nosotros y con sus hijos, se acercan más. Nos cuentan las inquietudes que tienen sus hijos, y por ejemplo nos dicen que su hija no quiere estar en tal clase de manualidades y quiere estar en otra, etc. Es decir, que comienzan a preocuparse y dar importancia a sus hijos, les interesa si entregan la tarea, si han puesto atención en clase, o si se han comportado bien. Y esto también se ve reflejado en las niñas, porque ya no vienen tan agresivas, comentan sobre elementos o experiencias positivas que viven en sus hogares. También se nota en su apariencia personal: están más cuidaditas, bañadas, alistadas, se ven bonitas. Algunas ya no van a los semáforos, hay madres que les dicen: «Ya no, usted no me va ir a la calle, que los peligros están ahí»”.

4.4. Rehabilitación

La rehabilitación de las muchachas en la Segunda Fase es concebida necesariamente como un proceso. En un elevado porcentaje llegan a la mayoría de edad y pueden desarrollar su propia vida de forma independiente, y aunque mantengan vínculos con la asociación son ya plenamente autónomas.

Nidia describe cómo va observando esta evolución: “Los cambios en las niñas se van viendo paulatinamente. Por ejemplo, cuando reviso las tareas con las niñas y noto que existe interés de hacerlas bien, entonces eso es un cambio; también observo cambios cuando la niña muestra interés en andar limpia, peinada, con sus zapatos y no descalza, es decir, que comienza a valorarse a sí misma, a tener autoestima. Otro ejemplo, es una muchacha que dice que ella quiere estudiar, y va con su hijo a la escuela, para nosotros eso es de un gran valor, porque a pesar de que anda con su bebé quiere estudiar. Entonces es así que se van notando los cambios de valores, de costumbres, mejorando su autoestima”.

Pero esta evolución no siempre es fácil. Para algunas de ellas una etapa especialmente crítica es cuando inician la adolescencia y la posibilidad de una vida sexual activa. Esto provoca en ocasiones que pierdan la atención y el progreso que estaban siguiendo. Lo cuenta Nidia con más detalle: “tienen mucha curiosidad con respecto a la sexualidad por el ambiente en el que están envueltas y se lanzan rápidamente a tener relaciones sexuales. Varias de las muchachas que ya han tenido relaciones sexuales les van contando a las otras, o las inducen a buscar con quién tener relaciones. También influyen en las muchachas que están menores, tornándose así una situación bien compleja”. Esto ha tenido como resultado que algunas adolescentes dejaran la asociación y se fueran a vivir con sus parejas, o acabaran nuevamente en la calle. La promotora Lucila Beltrán expresa un profundo pesar ante este tipo de situación: “Cuando una de las chavalas recae me da tristeza, digo yo «si ya salió de lo peor, de lo más bajo donde estaba, ya construyó algo y de repente se va»,... no me parece justo para esa persona. Cuando han habido estos casos yo las busco, me ofrezco a ir y platicar con ella, donde esté. A veces me han hecho caso, pero es difícil. A veces los pensamientos del pasado

que vienen acarreado, arrastrando, regresan, y no la dejan a una. Eso es lo que yo percibo cuando platico con ellas”.

A pesar de lo difícil que son estas situaciones para el equipo de Inhijambia, en su gran mayoría las muchachas progresan positivamente, poco a poco, pero asentando transformaciones que les conducen hacia una mayor autonomía y empoderamiento. Cada muchacha sigue su propio proceso, por lo que aunque cumplan los 18 años de edad, si consideran que necesitan seguir llegando diariamente a la asociación se las deja, hasta que vayan sintiéndose más seguras. En algunos casos, como explica Nidia, hay muchachas que viven con su familia y están estudiando y en un determinado momento deciden que por las mañana prefieren ir a trabajar y dejar de asistir al Centro de Día: “ellas mismas se sientan preparadas y expresan que quieren trabajar, quieren aprovechar la mañana y desean trabajar para ayudar a sus mamás”. Pero al final, cuando salen de la Segunda Fase, concluye Nidia, “son unas niñas más empoderadas, con confianza en ellas mismas, que toman sus decisiones con más seguridad, con deseos siempre de alcanzar una meta”.

Incluso en aquellos casos en los que la adicción a las drogas fueron más profundas los cambios se pueden lograr. Mirna tiene muy presente algunos de estos casos, que recuerda con orgullo: “Hubo una muchacha que utilizó tanta droga que fue sorprendente su rehabilitación. Su adicción fue la más profunda entre todas las muchachas que atendemos. Tenía ETS a un grave nivel, hasta excavaciones en el graneó de tantos piojos. Y sin embargo logramos rehabilitarla, aunque no pudo estudiar porque la droga la afectó mucho y llegó hasta 6º grado. No obstante la pusimos a aprender belleza y sobresalió como la mejor alumna en ese taller. Ahora está estudiando estilismo, y cada vez va ingresando

a cursos superiores. Entonces se nos ocurrió que ella podría ser la encargada de Belleza. Es lo más que te puede dar, no tiene voz para orientar o mandar, pero por eso es importante fijarnos en qué función puede desempeñar cada muchacha. Actualmente se encarga de peinar a las niñas cuando se van a la escuela”.

Mirna concluye y resume lo qué es para ella la rehabilitación con una imagen: “La cara de una muchacha rehabilitada es una cara sonriente, alegre, segura, con autoestima, que se refleja en la forma de vestirse. Cuando aún no están completamente rehabilitadas, aunque no consuman, no poseen autoestima, y andan casi desnudas porque quieren llamar la atención. Cuando ya están rehabilitadas han perdido la pena de expresarse y de participar, se visten bonitas, como joven pero sin andar desnudas, sin utilizar tanto maquillaje, y se comienzan a comportar como una muchacha común y corriente”.



Equipo de promotoras.
Fotografía de Judith Sánchez (responsable de la Segunda Fase).

5. Vida independiente

Cuando las muchachas están preparadas para trabajar y responsabilizarse de sí mismas, y de sus hijos si los tienen, pasan a una Tercera Fase caracterizada como Vida Independiente. Actualmente ya son 86 las muchachas que han pasado a esta fase. En esta última etapa no se rompe del todo la relación con Inhijambia, que mantiene cierto acompañamiento y apoyo con el fin de asegurar el buen resultado de estos procesos de autonomía y empoderamiento personal. Además de tener siempre las puertas abiertas de la asociación y poder llegar a hablar con su personal cuando lo necesitan, o tener entrevistas con las psicólogas, las jóvenes reciben algunas capacitaciones de carácter práctico orientadas a dar respuesta a los nuevos retos que están enfrentando. Están relacionadas con cuestiones como la gestión de los presupuestos familiares o el control del tiempo, por ejemplo. Algunas de ellas viven en las casas de sus familias, otras continúan o se integran en los Hogares Grupales y, a medida que los recursos económicos lo permiten, la asociación construye y les cede viviendas particulares. También las ayudan con el mantenimiento de sus hijos en los Centros de Desarrollo Infantil (CDI), para que así ellas puedan trabajar y continuar estudiando. De hecho, cada vez son más las que están llegando a la Universidad y se están formando como profesionales. La integración laboral es otra de las cuestiones que más preocupan en esta fase y que, a su vez, es más difícil de afrontar, dada la situación del

mercado laboral de Nicaragua. Por una parte se ayuda a las muchachas a buscar trabajo, por otra se han creado algunas Unidades Económicas de Producción propias, y algunas se integran como trabajadoras del mismo equipo técnico de Inhijambia, fundamentalmente como promotoras.

5.1. Asegurar el proceso

La puesta en marcha de esta Tercera Fase, que cierra el ciclo en el proceso de rehabilitación e integración de muchachas en riesgo o situación de exclusión social, no fue algo que Inhijambia diseñó desde un principio, si no fruto de la reflexión ante los nuevos retos que enfrentaban a medida que las muchachas iban haciéndose mayores. Así lo descubre Benigno: “En el transcurso de nuestro trabajo vimos la necesidad de esta fase. Al hacerse mayores nos preguntábamos: «¿Qué van hacer? ¿Cómo van a subsistir? ¿Qué debemos hacer para que no recaigan o regresen a las calles?» Consideramos que no las podíamos dejar así, que era necesario fortalecer más a estas jóvenes y fue entonces que se nos ocurrió esta tercera fase”. En el mismo sentido, complementa Mirna: “Casi ninguna de las demás organizaciones lo hace. Trabajan la desintoxicación, la rehabilitación y una segunda fase que es muy rica, porque en ella se logra el empoderamiento. Sin embargo nosotros hemos pensando más allá con el fin de que las muchachas logren reintegrarse a la sociedad a través de una vida independiente, que puedan trabajar y tener un salario remunerado para vivir dignamente, que nadie las vaya a humillar, que sean personas tratadas con todos sus derechos. Y ellas saben cuáles son sus derechos y se defienden, ese es nuestro sueño”.

En esta Tercera Fase las jóvenes ya son mayores de edad y están en condiciones de hacerse cargo de ellas mismas, “pero

nos cercioramos que las muchachas ya tienen la capacidad y las cualidades para desempeñar un trabajo, además de asegurarnos que se sienten integradas en la sociedad”, explica Mirna. A partir de aquí se las ayuda a enfrentar esta nueva etapa, pero el nexo se mantiene siempre y esto contribuye, continúa Mirna, “a garantizar la estabilidad emocional y el fortalecimiento de la autoestima necesarios para afrontar los nuevos retos de su vida”. Además siguen llegando a la asociación cuando se organizan actividades especiales, como algunos paseos a las que las invitan, o las celebraciones del día de la madre, del día del niño o el aniversario de Inhijambia, por ejemplo. “Nosotros seguimos siendo su referente afectivo”, concluye Mirna.

El acompañamiento que puede facilitar la asociación en esta etapa tiene múltiples dimensiones y adopta un carácter particular, en función de las necesidades específicas de cada una de las jóvenes. Cuando ellas lo solicitan, por ejemplo, pueden recibir orientación psicológica de carácter particular, de pareja o familiar. En estos momentos son más de sesenta muchachas las que están recibiendo este tipo de asistencia. También reciben asesoría y apoyo económico para poder continuar con sus estudios universitarios o de especialización técnica. Según Benigno, “a aquellas que poseen la capacidad y han llenado los requisitos, les ayudamos a que ingresen a la universidad. Algunas de ellas ya están en segundo, tercer y cuarto año en las carreras de Trabajo Social, Psicología, Derecho y Sociología. Esto es un salto cualitativo para ellas”. Actualmente, en esta fase hay 3 muchachas recibiendo apoyo para realizar sus estudios secundarios, 1 de carácter técnico y 7 más en la universidad.

Para que pudieran seguir estudiando, o trabajando, en el caso de tener hijos, Inhijambia les ha ayudado con los gastos que suponía poder dejarlos en un Centro de Desarrollo

Infantil (CDI). A pesar de las dificultades, como explica Mirna, “logramos que pudieran llevar a sus hijos a los CDI, o lo que en otros países llaman guarderías. Pensaban que estaban abandonando a sus hijos ahí, pero fuimos orientándolas y accedieron. Así mismo logramos romper el vínculo de maltrato que existía, porque ellas al inicio maltrataban a sus hijos, pero una vez que dejan a sus hijos en el CDI empezaron a estar más relajadas”. Hoy en día son algo más de veinte madres las que reciben este apoyo para unos treinta niños y niñas. Además de cubrir los gastos del CDI la asociación les ayuda con leche, vestuario, calzado, uniformes, medicamentos, material escolar y juguetes.

Otro de los problemas que ha provocado algún tipo de inquietud es el de las posibles reincidencias en el consumo de droga. Ana María recuerda un caso reciente: “hace poco tiempo una muchacha tuvo una recaída. Pero todo el grupo de promotoras fueron a su casa para darle ánimo y ahora está asistiendo nuevamente aquí. Estaba en Tercera Fase pero al tener una recaída se volvió a integrar al Centro de Día y está haciendo actividades de costura y manualidades, con el objetivo de que pueda nuevamente encauzarse”. Tomando en cuenta este riesgo permanente, Inhijambia ha tratado en enfrentar el problema directamente. Sigue contando Ana María: “Actualmente existe una persona que brinda sesiones terapéuticas en relación al tema de las adicciones, sobre técnicas para mantenerse sin consumirlas, porque se mantiene el riesgo latente de recaídas. Siempre hay problemas de familia y económicos, y lo que queremos es que tengan los suficientes elementos y herramientas para poder enfrentar esos problemas”.

Por otra parte, 25 muchachas de la Tercera Fase han recibido una vivienda, gracias a las donaciones solidarias que ha gestionado Inhijambia para construirlas. Están ubicadas en

distintos barrios, de donde ellas proceden. Las casas están equipadas con las cosas básicas para que puedan instalarse a vivir ahí y disponen de inodoro, en lugar de letrina. Cada una de ellas se hace cargo de todos sus gastos, como el agua, luz, etc. En ellas viven solas, con sus hijos o con sus parejas. A medida que Inhijambia disponen de recursos para construir nuevas viviendas va valorando a quien entregársela, “para estar seguros que no la van a vender o empeñar”, asegura Benigno. Las casas quedan en propiedad de las muchachas, pero se entregan bajo ciertos requisitos, como explica Benigno: “en el momento de la entrega establecemos algunas condiciones, como que la propiedad esté a nombre de ella y sus hijos, pero no es transferible a terceras personas, para que se sientan seguras que realmente es de ellas”.

La inserción laboral de las muchachas supone uno de los principales retos de esta fase. Desde la asociación se les refuerza de diversas maneras, como la asistencia en la redacción de los currículums o entrenamiento para que puedan ir a las entrevistas de trabajo más preparadas (cómo expresarse, cómo vestirse para esa ocasión, etc.). Esto ha permitido que algunas de ellas logran empleos formales en diversos ámbitos, “ahora algunas están trabajando en empresas de limpieza o seguridad, en zonas francas, supermercados, cocinas,... como recepcionistas, conserjes o en colegios”, asegura Mirna.

En ocasiones, las secuelas de la droga dificultan que algunas muchachas puedan seguir estudiando o resulta muy difícil que las contraten formalmente en alguna empresa. Tampoco el contexto existente contribuye a que pueden encontrar trabajo con facilidad, “el desempleo en Nicaragua no lo podemos obviar, no existe fuentes laborales, incluso profesionales de calidad andan vendiendo en los mercados”, aclara Benigno. Es por eso que Inhijambia ha intentado

ayudarles poniendo en marcha algunos negocios propios, muy sencillos, que operan como micro-empresas, orientados a la venta de refrescos, comidas rápidas, pulperías o lavanderías. Reciben el nombre de Unidades Económicas de Producción (UEP).

Como anteriormente no estaban acostumbradas a tener su propio dinero con el que hacer frente a sus distintas necesidades, algunas muchachas han tenido dificultades para controlar su presupuesto personal o el de estos pequeños negocios. Es por este motivo que Inhijambia puso en marcha un servicio de asesoría y capacitación, especialmente dirigido a los primeros meses en los que viven esta nueva situación. El área de administración de la asociación se encarga de este tipo de formaciones, explica Mirna: “con palabras sencillas les enseñan a llevar un control de ingresos y egresos, además de enseñarles por ejemplo que deben invertir cierta parte de sus ganancias en sus gastos y lo demás para comprar el producto que venden”.

A pesar de las dificultades, hay resultados de este proceso de integración laboral: 12 jóvenes están trabajando en Inhijambia, 6 están ocupadas en diferentes empresas del sector privado, 13 lo hacen en instituciones estatales y otras 10 en trabajos informales, a parte de las que continúan estudiando.

5.2. Promotoras

Una de las vías que Inhijambia ha encontrado para ir cubriendo sus necesidades de personal y, a su vez, generar algunas fuentes de empleo para las jóvenes integradas en la Tercera Fase, ha sido la de promover a algunas de ellas como promotoras, integrándolas en los equipos técnicos de la Primera y Segunda Fase. Del origen e inicios de este

proceso nos habla Mirna: “La idea de las promotoras no ha sido copia de ninguna otra organización, fue algo que fuimos descubriendo a la medida que íbamos avanzando y trabajando con las niñas. Teníamos muy poco personal y entonces fuimos analizando quiénes entre las muchachas eran líderes y capaces de ir a la calle para trabajar en los focos, pero sin correr el riesgo, con la confianza que iban a regresar y no iban a recaer nuevamente en ese ambiente. Primero solo nos acompañaban, pero luego vimos la necesidad de que fueran capacitadas. Al inicio eran criticadas por, muchos de los que estaban en los focos, que decían: «si es la fulana, ella es bacanal, si inhalaba pega y ahora se las da». Era importante que las aceptaran y que soportaran la presión y no recayeran. Fuimos probando poco a poco, empoderándolas. En un comienzo solo se encargaban de ordenarlos, repartir la comida o jugar con ellos, tenían un trabajo operativo. Posteriormente las capacitamos. Muchas de ellas ni sabían escribir, otras ya habían recibido clases del PAEBANIC y se convirtieron en maestras de esa institución. También les buscamos becas a través de INATEC. Ahora son invitadas por los CDI para dar charlas sobre maternidad responsable. Otras promotoras han sido instruidas para dar las clases de manualidades o computación, y al mismo tiempo les hemos enseñado a ser sensibles y actuar con paciencia”.

Poco a poco fueron formando a las promotoras y promoviéndolas de acuerdo con sus intereses y capacidades. Continúa Mirna: “Si alguna tiene menos preparación académica entonces se dedica a llevar a las niñas a la escuela todos los días, a hablar con la profesora, a acompañar a las niñas al Centro de Salud, a actividades muy operativas. Otra, por ejemplo, que está en 4º año de la carrera de derecho, y otras tres muchachas que están en 2º año de Trabajo Social, se encargan de dar el refuerzo escolar a las niñas”.

Este papel de las promotoras ha sido muy bien valorado por la mayoría de sus compañeros y compañeras del equipo técnico. Para Nidia, que cuando se integró en la asociación ya existía esta figura, las promotoras aportan al trabajo de Inhijambia una dimensión nueva: “una de nuestras mayores fortalezas radica en el trabajo de las promotoras. Ellas vivieron una situación similar, y eso les permite acercarse más a las muchachas, se identifican con ellas, piensan: «yo ya viví aquí en una situación muy parecida a la de estas niñas, ahora voy a ayudar a otra persona para que salga de eso». A mi parecer esta metodología sí funciona”. Silvia Prado, una de las promotoras de la Segunda Fase, expresa claramente esta capacidad para identificarse con los niños y niñas de la calle: “no me estoy poniendo como la máster ni nada, pero yo sé lo que es la calle, yo sé lo que deja la calle, yo sé lo que uno sufre en la calle”. Por su parte, Auxiliadora, contratada como promotora en la Segunda Fase, explica cómo son vistas por las muchachas: “Las chavalas ahora nos miran como un modelo a seguir, miran en nosotras un reflejo de cómo quieren ser”.

Nidia considera que para las promotoras trabajar en Inhijambia se ha convertido en un incentivo para continuar con su propio desarrollo personal: “en este lugar fue donde les ayudaron a salir adelante y dejar las drogas atrás, y sienten amor por quienes las hicieron sentir bien”. Así lo expresa Silvia Prado: “Ser promotoras se convierte en una motivación, un gran orgullo. Me di cuenta que mi vida había cambiado. Y yo en Inhijambia me siento especial para algunas personas”. Un incentivo que a su vez nace del mismo compromiso por ayudar a otras muchachas que están viviendo situaciones muy parecidas a las que ellas tuvieron que pasar, como reafirma Yahoska Álvaro, otra de las promotoras: “Primero fue conmigo, me ayudaron a salir, pero ahora yo formo parte de ese cambio, estoy

ayudando a que otras niñas cambien. Me siento orgullosa de eso y comparto el orgullo con todas las personas que están aquí porque decimos que sí se puede, que vale la pena, que da frutos, que no es que me lo cuenten, yo soy parte de eso”.

La vinculación profesional de las promotoras a la asociación no deja de ser difícil, como recuerda Mirna: “Trabajar aquí es duro. Las niñas y niños al ingresar son agresivos, malcriados, día a día escuchamos y somos parte de experiencias vividas muy fuertes y violentas. El equipo de Inhijambia a veces se siente cansado, pero las promotoras son quienes mejor les comprende, porque lo han vivido y poseen la experiencia, el amor, la sensibilidad, el conocimiento, es decir, la empatía. Son dignas de admirar, el apoyo que nos dan es fundamental y necesario”.

5.3. Lecciones aprendidas y nuevos retos

El principal logro de Inhijambia después de 12 años es, sin duda, continuar funcionando y brindando una atención integral a niños, niñas, adolescentes y jóvenes en situación de riesgo. Pero una experiencia tan dilatada da para haber aprendido muchas cosas, de los errores y de los aciertos. Al preguntarle a Mirna cuáles son las principales lecciones aprendidas se queda primero pensativa y responde después con un torrente de ideas y reflexiones. Estas son sus palabras:

- “Brindar de forma permanente capacitaciones al grupo meta ha permitido que conozcan los factores de riesgo y pongan en práctica formas de protección contra la violencia, que rompan el silencio ante los abusos y que conozcan y reclamen sus derechos, y reconozcan las personas que las apoyan en sus dificultades, aportándoles confianza y seguridad.

- Dar condiciones de privacidad y protección al quienes vivían en los focos ha permitido que puedan expresar sus deseos e inquietudes con seguridad y confianza.
- El seguimiento y asesoría pedagógica de forma individualizada y permanente es fundamental para la obtención del buen rendimiento académico.
- La atención médica y psicológica de forma constante y personalizada son clave para el buen desarrollo y crecimiento personal.
- La atención a familiares es importante para el involucramiento en el seguimiento educativo de sus hijas.
- La transparencia y el compromiso hacia el grupo meta y los avances demostrados en la práctica han sido fundamentales para mantener el apoyo financiero de los organismos donantes y ellos a su vez han divulgado el trabajo de Inhijambia.
- Las coordinaciones y alianzas interinstitucionales han sido fundamentales para garantizar al grupo meta atención en las áreas médica, educativa y legal.
- El intercambio de experiencias con otros organismos nacionales e internacionales es importante para mejorar la calidad en la atención”.

Con el fin de mejorar sus capacidades de actuación para dar cobertura a un amplio colectivo de niños, niñas, adolescentes y jóvenes en situación de riesgo de exclusión social en las calles de Managua, el equipo directivo de Inhijambia afrontó el proceso de elaboración de un Plan Estratégico

para el período 2010 – 2014. Gracias a él se identificaron y consensuaron una serie de retos que debían afrontar para garantizar la persistencia de la asociación y potenciar sus servicios. Estos son los temas clave en los que actualmente están tratando de abordar:

- Hacer frente a la caída de los fondos de la cooperación que se están produciendo tanto globalmente como en particular en Nicaragua. En la medida que algunos donantes tradicionales de Inhijambia han sufrido los recortes de fondos públicos en sus respectivos países, la asociación se ve obligada a rediseñar sus estrategias de captación de recursos y de presupuesto, adaptándose a un contexto mucho más austero que el de períodos anteriores. En cierta medida, el proceso de elaboración del Plan Estratégico ayudó también a establecer y consensuar los límites de crecimiento de la institución, ayudando a fijar un horizonte de referencia en cuanto a necesidades financieras.
- Impulsar con mayores garantías de éxito los procesos de inserción laboral y creación de alternativas económicas para las jóvenes de la Tercera Fase. La continua llegada de nuevas muchachas a edad adulta hace necesario dotar de mayor capacidad esta área de trabajo de la asociación.
- Fortalecer y profesionalizar más el trabajo de las promotoras, ayudándoles a que sus intervenciones tengan cada vez mayor sustento técnico. Este es un punto clave, por cuanto por compromiso con los muchachos y muchachas de la calle y con la institución, este es el colectivo clave que puede garantizar la continuidad del trabajo de Inhijambia y el relevo generacional de sus fundadores.

- El testimonio de Auxiliadora Figueroa, antigua usuaria de la asociación y hoy promotora en la Segunda Fase y, a su vez, estudiante universitaria de derecho, inspira a confiar y ver con esperanza el futuro de Inhijambia: “Yo vivo independiente en mi casa. Tengo una pareja, somos novios. Le he enseñado que somos iguales, porque a él parece que le enseñaron que el hombre manda a la mujer y yo le digo que no, que somos iguales. Lo tiene que aceptar, porque yo no voy a permitir que él decida por mi, porque yo puedo tomar mis propias decisiones, una vez no las pude tomar pero ahora sí. Quiero ser una defensora de la mujer. Yo sé que la injusticia no la voy a terminar nunca porque siempre hay corrupción, pero estoy aprendiendo para apoyar a la mujer, a estas niñas que viven mucha injusticia y que por el mismo miedo y la ignorancia no saben lo que pasa. Yo me imagino en el futuro trabajando en Inhijambia, pero en un nuevo cargo, como abogada, la que defiende y protege a las muchachas y a la asociación, así me imagino”.



Niño en un foco del Mercado Oriental.
Fotografía de Javier Bustos Lozano.

Sobre las fotografías

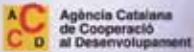
Las fotografías que acompañan esta sistematización fueron tomadas por Javier Bustos Lozano, fotógrafo madrileño que ha colaborado solidariamente con Inhijambia a lo largo de muchos años a través de la Asociación AGIL. Javier, entre otras cosas, formó técnicamente a un equipo de muchachas de la Tercera Fase en fotografía, lo que ha permitido impulsar una Unidad Económica de Producción orientado hacia la fotografía de celebraciones o para necesidades profesionales.



UNA INICIATIVA DE



CON EL APOYO DE



La **ASOCIACIÓN INHIJAMBIA** es un proyecto educativo y de atención social dirigido a niños, niñas, adolescentes y jóvenes en riesgo, especialmente con problemas de toxicomanía, abuso y explotación sexual que tiene su base de trabajo en Managua, Nicaragua. A través de una metodología de intervención dividida en tres fases, la asociación trabaja desde el momento en que viven en las calles hasta que logran consolidar una vida autónoma e independiente.

ERNEST CAÑADA es investigador y comunicador social especializado en Desarrollo. Actualmente es el coordinador de ALBA SUD. Durante años colaboró con la Asociación Inhijambia mientras trabajaba en Nicaragua como cooperante de la Asociación Ciudadana Anti-Sida de Cataluña (ACASC). La presente sistematización es fruto de esos años de relación y amistad.